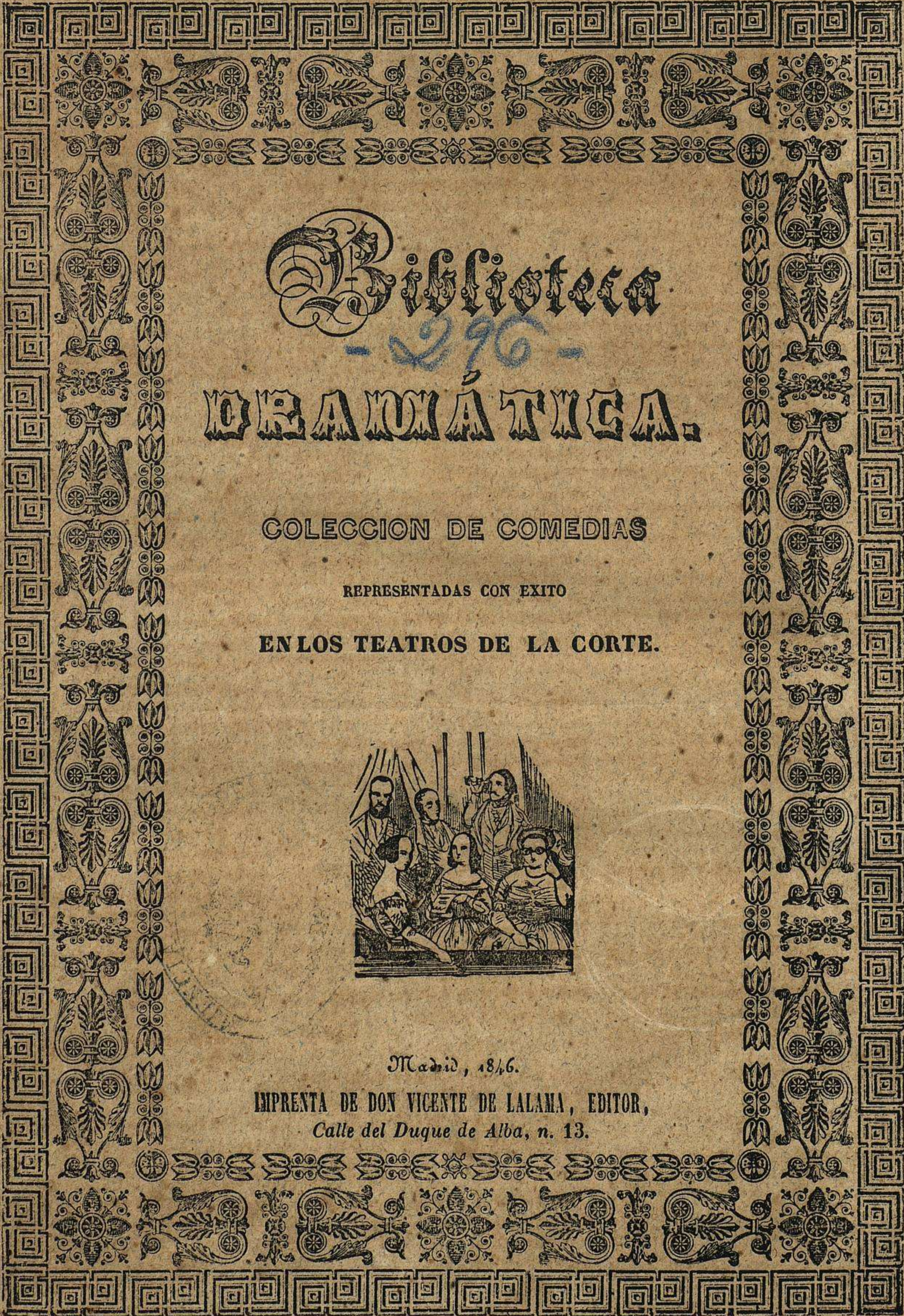


8
Hermosa o volver a tiempo



Biblioteca

- 296 -

DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON EXITO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



Madrid, 1846.

IMPRESA DE DON VICENTE DE LALAMA, EDITOR,
Calle del Duque de Alba, n. 13.



HERMINIA, O VOLVER A TIEMPO.

Comedia en cinco actos del célebre ALEJANDRO DUMAS, traducido por D. JUAN DEL PERAL, y representado por primera vez en el teatro DE LA COMEDIA (Instituto), el año de 1849.

PERSONAS.

HERMINIA DE HAQUEVILLE. ENRIQUE DE VERNEUIL.
LA BARONESA. EL MARQUES DE LANCY.
BERTA. LEBEL.
ANTODIO BERNARD. UN EXENTO.—UN CRIADO.

Epoca, el reinado de Luis XV.

ACTO PRIMERO,

Salon.

ESCENA PRIMERA.

HERMINIA, BERTA, despues ENRIQUE.

HER. (vestida de caza, delante de un espejo, acabando de arreglarse el sombrero.) Un poco mas inclinado a la izquierda. Asi, bien. Di, Berta, qué te parece este vestido de caza?

BER. Muy bonito, y os cae perfectamente.

HER. Y ¿crees que á Enrique le parecerá lo mismo?

BER. Preguntádselo á él, pues aqui llega.

ENR. (entreabriendo las puertas, y asomando la cabeza.) Se puede entrar?

HER. Por qué no?

BER. Llegais á buen tiempo. La señorita desea saber...

HER. Silencio!

ENR. Saber el qué? Acaba.

BER. Si os parece bonita con ese traje?

ENR. Encantadora. Ya sabeis mi opinion con respecto á vuestro gusto, querida prima; creo que ninguna otra persona lo tiene tan delicado para vestirse ni elegir colores. Poseeis lo que no se adquiere; el instinto de la verdadera elegancia. Si algua dia vais á la corte, hareis

morir de amor á todos los hombres, y á las mugeres de envidia.

HER. Adulador!

ENR. Nunca digo mas que lo que siento. Bien sabeis el efecto que causasteis el dia de vuestra presentacion, dos años ha. La noticia de aquel triunfo llegó hasta el estrecho de Magallanes, donde me hallaba á la sazón.

HER. Yo estaba de luto.

ENR. Eso prueba que el negro os favorece.

HER. Basta de lisonjas, ó sino, cuando me habéis de vuestro amor, lo creeré un mero cumplido. Berta, mira si la señora Baronesa está lista, y dile que esperamos sus órdenes. (vase Berta.)

ESCENA II.

ENRIQUE, HERMINIA.

ENR. Querida Herminia, (cogiéndola la mano.) este es el único instante libre que tendremos hoy para hablar de nuestro amor. ¡La maldita cacería...

HER. Y si yo os preparase una sorpresa?

ENR. Cuál?

HER. Una niñada que no comprendereis quizá.

ENR. Hablad.

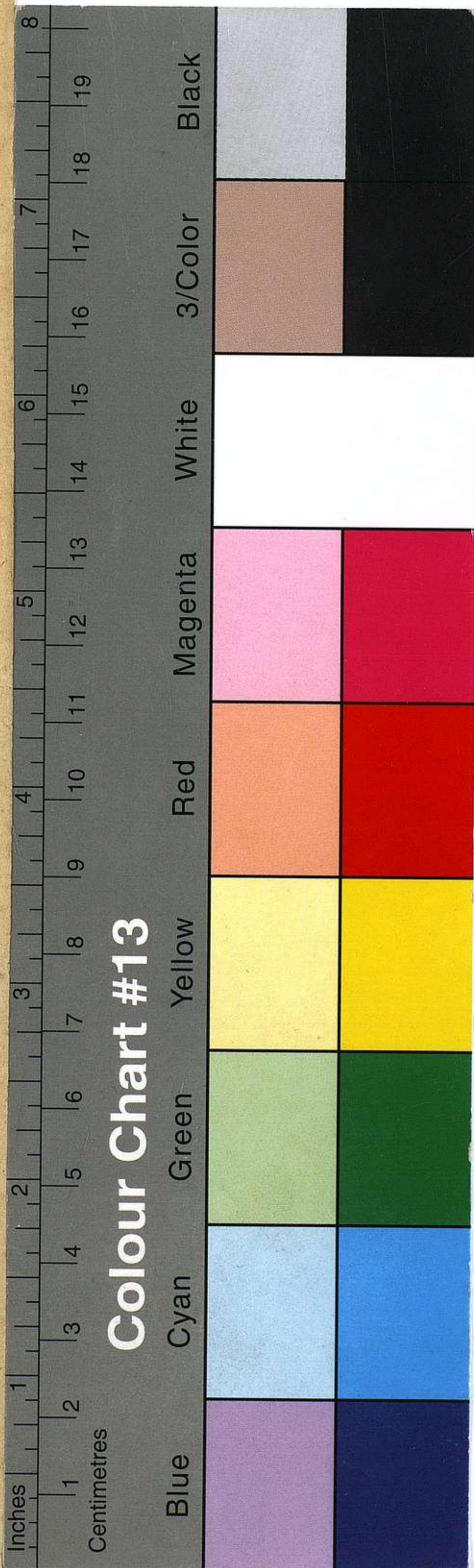
HER. Bien sabeis dónde está la casita del guarda.

ENR. A quinientos pasos de la puerta del parque; siempre la he visto cerrada.

HER. Hoy quiero conducirlos á ella. Allí habitaba mi nodriza, y allí me criaron con una hermana de leche, que ha muerto ya. Nada ha variado en la habitacion, Enrique. Cada mueble está en el mismo sitio que en aquel tiempo, solo que mi nodriza ha fallecido hace ocho años y su marido hace cinco.

ENR. Es decir que nadie queda de esa familia?

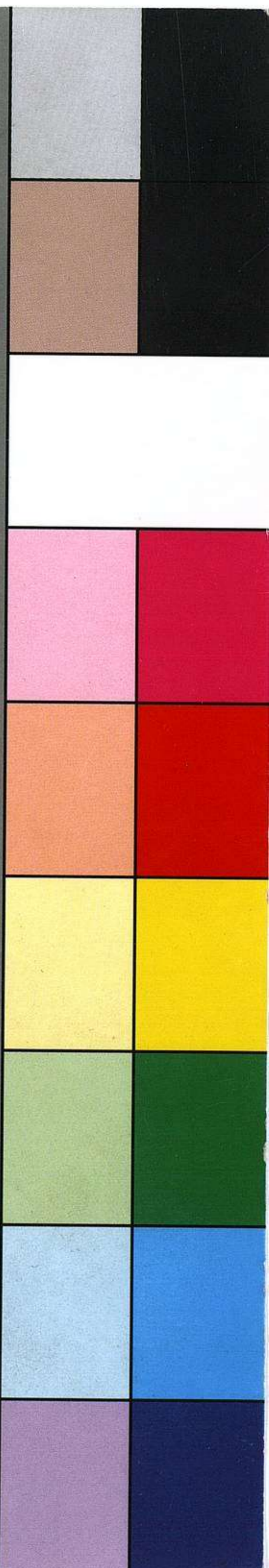
HER. Si tal: debe quedar un hijo llamado Antonio, si mal no me acuerdo: yo tenía tres años cuando él marchó de este país, y desde



Colour Chart #13

Inches
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
Centimetres

Blue
Cyan
Green
Yellow
Red
Magenta
White
3/Color
Black



entonces corre el mundo viajando por toda la Francia. Quince años ha que marchó, y esperándole le hemos conservado la casa donde ha nacido.

ENR. Mi tia es muy bondadosa y vos la secundais maravillosamente.

HER. No es bondad, sino reconocimiento. Esas pobres gentes han estado á nuestro servicio hace siglos, de padres á hijos, de manera que con el frecuente contacto, se creen casi de la familia. Guillermo, el padre, daba su parecer en los asuntos árdulos, cuando se lo pedian, y tambien cuando no se lo pedian... y recuerdo haber oido decir á mi padre, que no era su opinion la menos acertada.

ENR. Y vuestra nodriza?

HER. Oh! mi nodriza era otra cosa: llegó hasta á reñir á mi madre, cuando....

ENR. Creéis que vuestro viagero volverá algun dia á su antigua casita?

HER. Tan seguro como la golondrina que vuelve á buscar su nido. Oh! bien conozco que los marinos no comprendéis estas cosas: no teneis ni familia, ni patria. Vuestra familia es la tripulacion, vuestra patria, el buque... Como las aves de paso, no haceis mas que tocar la tierra... descansais un instante con las alas estendidas, y despues volais para confundiros en el espacio... Verdaderamente es un gran chasco, para nosotras, pobres mugeres, condenadas á la inmovilidad, enamorarnos de un hombre que nos roba el mas ligero soplo de viento.

ENR. Oh! no temais que suceda eso entre nosotros, pues os juro...

HER. De qué servirán vuestros juramentos? El dia menos pensado, cuando haya transcurrido un mes de nuestra union, una semana, un dia, quizá una hora, llega un pliego del ministro de marina, y á pesar de vuestro buen deseo, me dejais para ir... ¿dónde?... ¿quién lo sabe! las instrucciones deben conocerse al abrir el pliego en alta mar.

ENR. Quizá tengais razon, Herminia, y hagais mal en querer á un marino... pero desde el momento en que le amais...

HER. Oh! si; nuestra historia desde que nacemos es una lucha eterna del corazon con la razon; desgraciadamente el corazon triunfa siempre, estad tranquilo... y por uno de sus caprichos, del que tal vez os burlareis, señor filósofo, quiero conducirlos hoy á la casita donde me he criado... quiero que os agrade... porque á mi me agrada.

ENR. Si, si, iremos, y yo os juro que me causará el verla el mayor placer.

ESCENA III.

Dichos, y la BARONESA.

BAR. Ah! segura estaba yo de encontrarlos juntos.

ENR. (*besándola la mano.*) Y dónde queriais que estubiese, mi amada tia, sino al lado de Herminia?

HER. Buenos dias, querida madre.

BAR. (*besándola en la frente.*) Muy buenos, hija mia.

ENR. Ademas, deseaba veros cuando salieseis de vuestro cuarto, para saber si habiais recibido alguna respuesta...

BAR. No... ninguna.

ENR. Válgame Dios, cuanto se hace desear la autorizacion del rey... y eso que solo distamos algunas leguas de Versalles.

BAR. Vaya, sobrino mio, quereis que un rey conteste á vuelta de correo á todos sus vasallos, lo mismo que un mercader? Y luego que Su Magestad hace algun tiempo que reside en Fontainebleau.

ENR. Entonces, aun nos quedan tres ó cuatro dias de ansiedad.

BAR. Qué son tres ó cuatro dias para un hombre que ha esperado hasta ahora?

HER. Nada debemos temer? ¿Qué motivo quereis que tenga S. M. para negarse á consentir en nuestro enlace?

ENR. Soy marino, querida Herminia, como deciais hace poco, y mientras mas sereno está el cielo, tanto mas de temer es la borrasca... Lo que es yo, tia, en vuestro lugar, hubiera empezado por unir á vuestro sobrino con vuestra hija, y en seguida habria solicitado la aprobacion del rey.

BAR. Dejadme en paz, ¿era eso posible? No os acordais de aquella noche en que S. M. me dijo en el cuarto de la reina: «No olvidéis, baronesa, que el padre de esa hermosa jóven, fué maestro de campo en nuestros ejércitos, que ha muerto en nuestro servicio, y á nos pertenece el darla estado?»

ENR. Es verdad, tia, que el rey dijo eso hace cinco años... como podia haberos dicho otra cosa... Pero hoy no se acuerda siquiera de que os habló.

BAR. Os engañais, el rey es el hombre de mejor memoria de su reino... vos lo sabeis bien, Enrique... cuando caza en san German, es muy raro que no se acerque á este castillo, y siempre S. M. ha tenido la bondad de repetirme su real promesa. Ya veis que no me es posible disponer de la mano de Herminia sin su conocimiento. No os haceis cargo que seria un crimen de alta traicion?

ENR. Perdonad, tia mia... pero, poneos en mi lugar y juzgad de mi inquietud... Mi fragata puede de un momento á otro recibir la orden de darse á la vela!.. Mis recelos adelantan aun mas... si el rey tubiera acerca de mi prima otros proyectos diferentes de los vuestros!.. si rehusase su consentimiento, qué hariais?

BAR. Qué haria? Obedecer al rey.

ENR. Y nos separariais, amándonos desde que nos conocemos? ¿Causariais la desgracia de vuestros hijos... por obedecer á un capricho de S. M.

HER. Madre mia!

BAR. Señorita, hay familias en quienes lo pasado es una obligacion que contraen para el porvenir. Examinad la historia, y hallareis que en 1426 un Roberto de Haqueville ofreció al rey Carlos VII sus seis hijos varones montados sobre seis caballos de batalla y seguidos de seis escuderos armados en guerra, para ir á pelear contra los ingleses... que en 1535, Segismundo de Haqueville, vendió sus estados, su plata y hasta las joyas de su muger para pagar á Carlos V el rescate de Francisco I... que en 1638, Ermancia de Haqueville, se apresuró á obedecer las órdenes del rey Luis XIII sepa-

rándose de su marido Aldaberto de Crusac, que era protestante, y que la hacia feliz, para casarse con Bertoldo de Entraigues, que al cabo de diez y ocho meses la hizo morir á pesadumbres, y en fin, que en 1712...

HER. Si, madre mia, ya sé todas esas cosas.

BAR. Pues bien, si sabeis todo eso, señorita, debéis comprender, que despues de una fidelidad de cuatro siglos, los de Haqueville no han de empezar hoy á degenerar de su estirpe.

ENR. Ya lo ois, Herminia.

HER. Si, pero el rey no rehusará. Qué motivo ha de tener para ello?

CRIADO. (anunciando.) El coche de la señora baronesa!

HER. Y nuestros caballos?

CRIADO. Estan ensillados.

BAR. Con efecto, van á dar las diez, y apenas tendremos tiempo para llegar al lugar de la cita. Como la invitacion procede de nuestra parte, es necesario no hacerse esperar.

ENR. Quereis apoyaros en mi brazo, tia?

BAR. (mirando por la ventana.) Calle!.. qué carruage es ese?

ENR. Cuál?

BAR. Mirad... allá abajo... por el camino.

HER. Con efecto; una silla de posta. Esperabais á alguien?

BAR. No, á nadie.

ENR. La silla se detiene sin embargo á la puerta del castillo. Herminia! Herminia!

HER. Y bien!..

ENR. Todo acontecimiento inesperado, me parece una catástrofe amenazadora.

CRIADO. (entrando de nuevo.) El señor marqués de Lancy, enviado por S. M., solicita el favor de ofrecer sus respetos á la señora baronesa.

ENR. El marqués de Lancy!

BAR. Le conoceis?

ENR. Mucho.

BAR. Que pase adelante!

HER. Quién es ese marqués?

ENR. Uno de mis amigos, muy elegante, muy noble... muy arruinado... y muy bien quisto en la corte.

BAR. Sea quien fuere, será bien recibido, viniendo de parte del rey.

CRIADO. (anunciando.) El señor marqués de Lancy!

ESCENA IX.

Dichos, el MARQUES.

MAR. (deteniéndose á la puerta.) Mi querido caballero, aun cuando represente en este momento á S. M. Cristianisima, á vos os toca de derecho el presentarme. Tened la bondad de servirme de introductor para con la señora baronesa de Haqueville.

ENR. Con mucho gusto, mi querido marqués. (le coge de la mano.) Tia mia, este caballero, es el señor marqués de Lancy...

MAR. Señora baronesa, dignaos admitir el homenaje de mi mas sincero respeto.

ENR. (mismo juego.) Hermosa prima!..

MAR. Señorita, he sabido por un amigo de Verneuil, los lazos que os estrechan hace mucho tiempo, y por eso he solicitado acercarme á vos, bajo su patrocinio.

HER. Señor marqués!.. saluda.)

BAR. Venis de Fontainebleau, caballero?

BAR. Directamente, señora, y sin detenerme...

MAR. Qué hay de nuevo en la corte?

MAR. Cosas inauditas, extraordinarias, milagrosas...

BAR. (inquieta.) Pero el rey... S. M., goza de buena salud?..

MAR. De toda aquella de que puede disfrutar un rey enamorado hace tres meses, sin ser correspondido...

BAR. Dios mio! Y quién es la ingrata?

MAR. Madama de Turnel, que rehusa ser duquesa de Chateauroux... y cuya resistencia tiene escandalizada á la corte.

BAR. De veras? Pues no es, seguramente, por tradicion de familia.

MAR. Qué quereis!.. hasta el duque de Richelieu ha perdido la cabeza, y cansado de inventar medios para distraer al rey, ha venido á parar en aconsejarle que busque fortuna por otro lado.

BAR. Consejo digno de Richelieu.

ENR. Mi querido marqués, todas esas noticias son en extremo interesantes... pero os olvidais de una que...

MAR. Os toca mas directamente, no es asi?

ENR. Confieso...

MAR. Y comprendo vuestro deseo. (saca un pliego del bolsillo.) Señora, aqui teneis la respuesta de la carta que habeis dirigido á S. M.

BAR. Me permitireis...

MAR. Señora!.. (á Enrique.) Mi querido caballero, recibe todas mis felicitaciones: tu prometa es muy linda... asi lo piensa el rey... (á Hermina.) Señorita, creed que es mi mayor dicha, el que S. M. me haya elegido para mensajero de unas nuevas, que deberiais esperar con la mayor impaciencia.

BAR. (despues de haber leído.) Dios mio!

ENR. Qué sucede?

HER. Qué hay?

ENR. S. M. se opone?..

BAR. Señor marqués, necesito hablaros á solas.

MAR. Estoy á vuestras órdenes.

BAR. Retiraos, hijos míos.

ENR. (vivamente.) Pero una palabra siquiera.

HER. (id.) Por favor, madre mia!..

BAR. Dentro de un momento lo sabreis todo; de todos modos, cuento con vuestra amistad. (á Enrique.) y con lo que debéis á las tradiciones de vuestra familia. (á Hermina.) Vos, Enrique, id á reuniros con nuestros amigos, y que empiece el ojeo: despues alcanzaremos la cacería... Vos, Herminia, pasad á vuestro cuarto, y aguardad á que os llame. (Enrique y Herminia salen cada uno por su lado.)

ESCENA V.

LA BARONESA, EL MARQUES.

MAR. Ya estamos solos, señora Baronesa.

BAR. Nada os ha dicho el rey en particular, caballero, al encargaros de este mensaje?

MAR. Nada mas; sino desearme un feliz regreso.

BAR. Ignorais lo que contenia la carta de que habeis sido portador?

MAR. Completamente... solo llegué á traslucir que se referia al enlace de la señorita de Haqueville.

BAR. Si, con efecto... de eso trata.

MAR. Acaso, el rey, no habia contestado con arreglo á vuestros deseos, señora?

BAR. No del todo... pero habiendo sido siempre mi intencion, subordinar mis deseos en este punto á los de S. M., no puede menos de serme agradable la orden que encierra esta carta... Estais en gran favor, señor marqués!

MAR. Mis enemigos lo dicen, luego es preciso creerlo.

BAR. El rey lo confirma.

MAR. El rey es demasiado bondadoso.

BAR. Y añade que el favor que os dispensa se apoya en vuestro gran mérito...

MAR. Omas bien en su gran indulgencia.

BAR. Dicen tambien que llevais un nombre de los mas ilustres

MAR. Mis antepasados lo han hecho valer... yo no tengo porque alabarme.

BAR. Pero que vuestra fortuna está algo malparada... con respecto á intereses...

MAR. Ah! eso es otra cosa, en la que nada tienen que ver mis antecesores... todo es obra mia.

BAR. S. M. me anuncia que está dispuesto á pagar vuestras deudas.

MAR. Es posible! semejante rasgo acredita toda su magnanimidad, porque es la cuarta vez que lo hace, y en verdad temia que ya se fuese cansando.

BAR. Parece que no, segun las muestras.

MAR. El rey es un gran rey! Esto es todo cuanto puedo decir... pero sin ser indiscreto, podré saber, señora, por qué en una carta relativa al casamiento de la señorita de Haqueville, se hace mencion de vuestro humilde servidor?

BAR. Como!.. no lo adivináis?

MAR. No, os lo aseguro.

BAR. (dándole la carta.) Leed, entonces

MAR. (leyendo.) «Mi querida Baronesa.» (deteniéndose.) Hablabais de mi favor, señora... y á vos os toca protegerme.

BAR. Continúa, caballero.

MAR. (lee.) «Ya os he dicho, que siendo la señorita de Haqueville hija de un Maestre de Campo, muerto en nuestro servicio, á nos le tocaba cuidar de su establecimiento... Con arreglo á este compromiso, hemos juzgado que el partido mas conveniente para ella es nuestro fiel servidor el marqués Maximiliano de Lancy, á quien en diferentes é importantes misiones hemos honrado con nuestra confianza... Su nombre puede dignamente aliarse con el vuestro. Respecto á su fortuna, que no os parecerá suficiente, como se ha disipado en nuestro servicio, á nos toca el repararla. Si juzgais que mi protegido merece que sacrifiqueis vuestros primeros proyectos, partid inmediatamente para Marly, donde deseo que se verifique el matrimonio, á fin de poder firmar el contrato, y presentar por mi mismo el regalo de boda á la novia. Vuestro afectisimo, Luis.» «Os pido que os apeéis directamente en Marly, donde estará dispuesto un pabellon de Palacio para alojaros.»

BAR. ¿Qué decis de esa carta?

MAR. Digo, señora Baronesa, que estoy confundido; tan lejos me hallaba de esperar que unos ligeros servicios prestados á S. M., hu-

biesen merecido tan considerable recompensa.

BAR. De modo que estais dispuesto á obedecer las órdenes del rey?

MAR. Con reconocimiento, señora... pero todos aqui, no respetarán, como yo, los deseos de su magestad...

BAR. Os comprendo; mas eso es cuenta mia. La señorita de Haqueville ha sido educada en la estricta observancia de sus deberes, y sabe el respeto que debe á la voluntad de su madre, y la sumision que exigen las órdenes del rey. No temais nada por esa parte.

MAR. Sin embargo, si este matrimonio puede contrariar demasiado los sentimientos de la señorita de Haqueville...

BAR. Aprecio tanta delicadeza, caballero: pero creo que, antes de todo, somos súbditos fieles de S. M... y cuando S. M. ha manifestado un deseo, nuestra obligacion es someternos sin replicar.

MAR. En cuanto á mi, señora Baronesa, ya podeis conocer que la obediencia me será muy grata.

BAR. He convidado á nuestros vecinos para una gran caceria... Hace mas de una hora que estan esperando, y no es justo ni politico hacerles aguardar... Iré con la señorita de Haqueville; y como vos debereis estar cansado...

MAR. Yo?... Nada de eso, señora... el rey me tiene acostumbrado á correr... Desde que soy su enviado extraordinario, cuando dejo el coche es para montar á caballo y visitar todos los rincones del mundo... Asi que, podeis disponer de mi.

BAR. No haremos mas que presentarnos, (regresando en seguida al castillo... En tanto consideraos como en vuestra casa... y si necesitais algo, llamad.

MAR. Mil gracias, señora. (sale la Baronesa.)

ESCENA VI.

MARQUES, solo.

Que el demonio me lleve si al subir al coche pudo ocurrirme nunca que mi embajada tendria por desenlace mi casamiento!.. Pero, á pesar de no estar prevenido, el desenlace no es menos agradable: una muger bonita... un apellido ilustre... mis deudas pagadas... Todo esto debe aceptarse sin titubear. Lo único que me atormenta, bajo palabra de honor, es el chasco del pobre caballero... y yo que le cumplimentaba!.. yo que me he hecho presentar á ella por él!... Ah! en verdad que el paso es algo duro... Pero tambien, quién diablos podia imaginarse?... Aqui le tenemos: ya me figuraba yo que tardaria poco en presentármeme.

ESCENA VII.

ENRIQUE, EL MARQUES.

ENR. Os buscaba, señor marqués...

MAR. Y me encontráis desesperado.

ENR. Basta de cumplimento, ó mas bien de burlas... y al hecho, señor mio... La Baronesa, con una palabra, acaba de revelármelo todo... ¿Conociáis el contenido de la carta de que erais portador?

MAR. Lo ignoraba.

ENR. Lo asegurais por vuestro honor?

MAR. A fé de caballero.

ENR. Bien... hubiera sentido tener que despreciaros... Ahora deseo saber cuáles son vuestras intenciones.

MAR. Mis intenciones?... Las de un fiel servidor de su magestad.

ENR. Luego...

MAR. Obedeceré al rey.

ENR. Creéis que yo lo sufra?

MAR. Y porque medio podriais impedirlo?

ENR. Me prometia que lo hubieseis adivinado, sin tener que haceros la injuria de deciroslo.

MAR. Un duelo!.. Bah! mi querido caballero..... seria una ridiculez, una antigualla, y á nada conduciría.

ENR. Mucha seguridad debéis tener de vos mismo para responder de ese modo á un rival.

MAR. Seguridad de mi mismo!... Vos lo sabeis mejor que nadie. Me he batido doce veces... ¿Y por qué razon? Que el diablo me llevé si me acuerdo de la mas minima... He pegado siete estocadas y he recibido cinco... Tres veces he estado en la Bastilla; la primera por ocho dias, la segunda por seis semanas; la tercera por cuatro meses. Ya veis que la progresion es terrible... Durante los últimos cuatro meses de reclusion, he jurado no batirme sino por cosas graves y que merezcan la pena... Hablad francamente: creéis llegado el caso de que falte á mi juramento?

ENR. No os parece cosa grave, robar á un amigo la muger que ama?

MAR. De dónde sacais que yo robe nada á nadie? El rey me confia una carta... creo que encierra una noticia que puede seros agradable... corro por medio de montes y valles, y me encuentro con la orden de mi casamiento.... Creéis que es muy divertido casarse asi... de repente... con una muger que ama á otro, y sobre todo, cuando ese otro es un guapo mozo... que cuenta con mil azares favorables para tomar su revancha?... Vaya, vaya!.. Aguardad tan solo seis meses, y vereis como entonces probablemente seré yo el necio que os pida que nos rompamos la cabeza.

ENR. Entonces, ¿por qué aceptais?

MAR. Hay medio de reusar cuando el rey lo manda? Además, mi querido caballero, yo soy un hombre amable antes de todo, y me sacrifico por mis acreedores. Vos no conoceis esa canalla... solo aguardan que se me presente un buen casamiento para cobrar, y si llegasen á descubrir que he desperdiciado la ocasion de pagar mis deudas... sus gritos llegarían al cielo.

ENR. (con ironia.) Luego obráis por especulacion... por cálculo....

MAR. No, querido mio, nada de eso... sino porque me encuentro en una de esas posiciones en que el hombre no es dueño de su voluntad... Yo no he dirigido ese asunto... los acontecimientos me arrastran... me dejo llevar... he aqui el secreto.

CRIADO. (entrando.) La señora Baronesa desea saber, si el señor marqués está dispuesto á acompañarla?

MAR. Al momento.

CRIADO. Espera á la puerta del parque.

MAR. Decidla que voy al instante á ofrecerla el brazo... Lo mismo que esto, caballero: ¿creéis que me divierte mucho una partida de caza, despues de haber corrido la posta? Pues ahí vereis. La Baronesa dispone de mi á su antojo: como he de desairarla?... Afortunadamente, segun decia hace poco, el rey me ha acostumbrado á correr... A pie, en coche... á caballo. Me sucede lo que al judío errante: eternamente tengo á mis oídos una voz que me grita «marcha! marcha!.. Hasta la vista, mi querido caballero. (vase.)

ESCENA VIII.

ENRIQUE, despues HERMINIA.

ENR. Bien, muy bien, marqués: ha empezado la lucha entre ambos!.. sabré sostenerla!

HER. (entreabriendo la puerta.) Estais solo, Enrique?

ENR. Sois vos, Herminia? ¿Sabeis lo que pasa?

HER. Todo lo sé.

ENR. Qué habeis decidido?

HER. Todavía nada.

ENR. Me amais siempre?

HER. Y vos me lo preguntais?

ENR. Entonces, es preciso que os vea.

HER. Dónde?

ENR. En la casita á que debiais conducirme.

HER. Tomad la llave.

ENR. A qué hora estareis?

HER. No lo sé... procuraré escaparme.

ENR. Voy á esperaros.

HER. Mi madre y el marqués!.. Marchaos, marchaos pronto.

ENR. Cuento con vos, Herminia. (vase.)

ESCENA IX.

LA BARONESA, pasa por el fondo del brazo del MARQUES, HERMINIA en la escena.

BAR. Vamos, Herminia?

HER. Allá voy, madre mia. (vase por la puerta del fondo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa la casita del guarda, completamente amueblada.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, solo.

¿Habrà logrado escaparse?... Mucho tiempo hace que espero... dos ó tres veces he oido la caza acercarse y alejarse sucesivamente, pero sin duda no la pierden de vista... la caza cual si fuese ya su muger... Su muger!... Ah! no me engaño... es el galope de un caballo... se acerca... se detiene...

ESCENA II.

ENRIQUE, el MARQUES.

MAR. (abriendo la puerta.) Hola!.. hay alguien en

esta casa?

ENR. El marqués!.. si sospechará?..

MAR. Calle!.. sois vos, caballero.. Me alegro infinito encontraros... Me direis en que parage me hallo?... (se sienta.) Vaya unas piernas que tienen los gamos de Haqueville!.. Denme los de Rambullet... que se corren en tres ó cuatro leguas cuadradas... aquellos son animales de buena casta... al paso que los vuestros... el caso es que me he estraviado... como que no conozco el pais.

ENR. Siguiendo esa calle os encontrareis en el castillo, del que solo distamos quinientos pasos.

MAR. Aguardad un momento, amigo mio, ¡que diantres!.. se me presenta la ocasion de descansar, y la aprovecho... Sabeis que vuestra prima es una verdadera amazona?... En lo mejor de la caza, pica de espuela y sale como una flecha... yo creo que el caballo se desboca é intento seguirla... que si quieres!.. al cabo de cinco minutos la habia perdido de vista... y lo peor es que con ella desaparecieron los cazadores por otro lado, y me encuentro solo, en medio de unos bosques interminables, antiguos como la creacion... y anda, anda, anda, con arreglo á mi destino... hasta que di, por fortuna, vista á esta casita, donde he tenido el placer de encontraros. A propósito, esta mañana me queriais matar, lo que esta muy puesto en razon entre caballeros: mas pasado aquel mal pensamiento, no consentireis ahora que muera de inanicion... No habria por ahí, como en todas las casas de los guardas, de que tengo noticia, algun pastel de venado, algunas botellas de Burdeos?

ENR. Lo sienta en el alma; pero esta casa no está habitada...

MAR. No está habitada!.. ¿V qué venis á hacer á ella entonces? A disfrutar del paisaje? Con efecto, el punto de vista es admirable, magnifico...

ENR. (Estoy en brasas!)

MAR. Que perspectiva!... animadísima... Una cazadora se dirige á galope hácia este sitio... es la señorita de Haqueville... Ah! mi querido caballero, os pido cien veces perdon... soy un mentecato!.. Olvidaba que cuando el caballo de una linda jóven se desboca, el inteligente animal no obra así sin motivo...

ENR. Caballero?

MAR. Y es muy justo!.. demasiado justo... He caído en medio de vosotros como una bomba... No habeis tenido tiempo de deciros, ni media palabra de despedida... Impediroslo, fuera una tirania... una crueldad!.. Y á pesar de todo, va á pareceros singular que yo me alege de esta cabaña... Pues no hay en ello nada que no sea razonable. Primero, porque no quiero empezar haciendo que me aborrezca mi futura... Fio en su virtud, en sus principios... nada tengo que temer... Y luego, una cita de despedida está en el orden... Está escrito allá arriba que no has de descansar hoy... Caballero, hasta despues. (sale por la puerta del fondo; Enrique le sigue hasta fuera. Una puerta lateral se abre, y aparece Herminia, que entra con timidez.)

ESCENA III.

ENRIQUE, HERMINIA.

HER. De quién será el caballo que he visto á la puerta?... Si no estará Enrique solo?

ENR. (entrando.) Oh!... llegad, llegad, Herminia: tengo necesidad de veros.

HER. Por eso he venido corriendo el riesgo...

ENR. De modo que ya considerais como criminal una entrevista conmigo?... Calificais ya de sacrificio esta conversacion?... Una palabra de vuestra madre ha roto todos los lazos que nos unian... hasta los de familia...

HER. Dios mio! Enrique, todo cuanto nos sucede es tan imprevisto, tan extraño, que aun estoy aturdida del golpe que he recibido... Me parece que estoy soñando... y os lo confieso, no acierto á definir lo que veo, ni lo que debo hacer.

ENR. Lo que haceis es lo que vuestro corazon os aconseja: lo que debeis hacer, es lo que os voy á decir... No os inquieteis.

HER. Vais á proponerme alguna cosa imposible, cuando temeis mi inquietud?

ENR. No; porque medítadlo bien, Herminia... Nuestro matrimonio merecia la aprobacion de vuestra madre... ¿Qué causa ha podido impedirlo?... Una razon estraña... un capricho del rey, que quiere recompensar á uno de sus favoritos, reconstruir una fortuna que se destruye, y realzar un nombre que se estingue. Pues bien: suponed, Herminia, que esa orden del rey, en vez de llegar la vispera de nuestro matrimonio, hubiese llegado un dia despues; ya estábamos unidos para siempre... y éramos felices... Vuestra madre, á pesar de su afecto hácia el monarca, no podia retroceder ante una imposibilidad... Pues bien, Herminia, es necesario, sin que vuestra madre tenga nada que echarse en cara, es necesario que seais mi esposa.

HER. Pero cómo! Esplicaos... Me parece que eso no es posible.

ENR. Nada mas facil, Herminia... Un matrimonio secreto...

HER. ¡Dios mio! ¿Qué es lo que me proponeis?

ENR. Lo que debia cumplirse á la faz del mundo... lo que debia hacer nuestra mútua felicidad... Escuchad, Herminia; este instante es supremo... Se trata de nuestra eterna dicha, ó de ser desgraciados para siempre. ¿Creeis poder amar al marqués?... ¿Creeis poder ser dichosa con él?

HER. Oh! nunca, nunca! Vos, Enrique, sois el único á quien amo.

ENR. Pues entonces...

HER. Qué quereis! Hay una voz en mi interior, una voz que habla mas alto que mi amor, y que me dice que haria mal!

ENR. Os lo pido en nombre del cielo, en nombre de nuestro amor... Si no quereis que haga una locura, Herminia mia, consentid, consentid!...

HER. Escuchad, Enrique... Dejad primero que trate de convencer á mi madre... Ya sabeis cuánto me ama... Sabeis que siempre he obtenido de ella cuanto he querido.

ENR. Si, pero sabeis tambien cuán fanática es su obediencia por el rey... Sabeis que para ella, el menor deseo de Versailles es una orden absoluta.

HER. La rogaré, la suplicaré... Todavía, aun no he tenido tiempo de verla

ENR. Y en tanto, mañana partís para Marly!

HER. Por eso hoy mismo, al volver al castillo, hablaré con mi madre.

ENR. Y si rehusa?... Si rehusára, qué haremos?

HER. Oh! no exijais nada de mi, no me pidais nada en este instante... Tomaré consejo de las circunstancias, de la inspiracion del momento. Dejad obrar á mi amor, Enrique... dejad hacer á mi corazon... en él teneis un cómplice demasiado resuelto... ahora, retiraos... Mi madre puede sospechar algo, al notar mi ausencia, y sorprendernos aquí.

ENR. Si, si... Tal vez esta sea la última vez que podamos hablarnos... en el castillo no tendremos ocasion... Mas si vuestra madre se niega á todo, si no hay esperanza... dejad caer vuestro ramillete al levantaros de la mesa... y entonces lo dispondré todo para mañana... Mañana estaremos en casa de mi madre, que os ama cual si fuérais su propia hija.

HER. Si, si... A Dios... No, por esa puerta, no... Por aquí. (*señala la puerta lateral.*)

ENR. A Dios! (*sale.*)

ESCENA IV.

HERMINIA, despues ANTONIO.

HER. Si, hablaré á mi madre... la diré que ese casamiento causará mi eterna desdicha... y si me desatiende... ¡Oh Dios mio!.. qué va á ser de mi!... Sin tener una hermana, ningun amigo á quien pedir consejo!.. Oh!... mi madre me escuchará... lo espero.

ANT. (*entrando sin ver á Herminia.*) En fin... ya hemos llegado.

HER. Quién será este hombre!

ANT. Aquí es.. todo está en el mismo sitio que cuando partí.

HER. Quién sois, amigo? Qué quereis?

ANT. Perdonad, señorita, no os habia visto... Lo que quiero!... No me estraña que os admire el verme entrar así... sin pedir permiso... es una rancia costumbre... Si supiérais..

HER. Esa emocion!...

ANT. Es muy natural, señorita... Seria necesario no tener corazon, carecer de alma para volver á ver sin emocion la casa donde se ha nacido... el cuarto donde han muerto el padre y la madre!

HER. Dios mio!... Seriais acaso...?

ANT. Ah, Señorita, vos no podeis saber quién soy.

HER. Quizá... Por otra parte, reuniendo todos mis recuerdos, me parece que os reconozco. Sois Antonio Bernard.

ANT. Habeis pronunciado mi nombre?... Sabeis cómo me llamo?... Pero decidme, señorita, sois del pais?... ¡Ah! Seriais acaso...?

HER. Herminia de Haqueville.

ANT. Herminia!... Vos sois Herminia... Perdonad... Ya sabeis, otras veces os llamaba Herminia... sin mas rodeos... Cáspita! tenia doce años mas que vos... Es menester que me disimuleis la franqueza... y como ademas érais la hermana de leche de mi Luisa...

HER. (*dándole la mano.*) Mi buen Antonio!... ya estás de vuelta?

ANT. Oh!.. me dais la mano!.. me tuteais!.. Gracias. Mirad... es chistoso... ¿Pues... pues no lloro de alegria?... Me habeis reconocido!.. A mi no me hubiera pasado lo mismo con respecto á vos... ¡Cómo habeis crecido!... Es cierto que solo teniais tres años cuando me ausenté de la tierra?... ¡Y cuán hermosa es taid!... Dejad que os contemple á mi gusto... así... Cuando recuerdo que os hacia saltar en mis brazos... vos á un lado, mi hermanita al otro... Qué mala érais entonces!... Cómo me arrancábais el pelo!... Y cuando me iba enfadando me decia mi madre: «Déjala que tire, Antonio!.. es la hija de la baronesa... déjala que se divierta!

HER. Ahora me perdonais, mi buen amigo, ¿no es verdad?

ANT. Oh! con todo mi corazon, señorita... Ademas, ya me ha vuelto á salir el pelo.

HER. Cuántas veces he oido hablar de ti?...

ANT. Lo siento mucho.

HER. Por qué?

ANT. Toma!... porque no hay mucho bueno que decir de mi... Soy un vagabundo, un andariego. Yo deberia haberme quedado aquí, al lado de mis padres, para ayudarles en su ancianidad... Pero el ansia de ver mundo!.. Sin pensar se toma el camino, y... andando de acá para allá... cádate á doscientas leguas... A lo mejor, cuando mas descuidado se encuentra uno, llega una carta con sello negro... Es del señor cura, que anuncia que nuestros padres han ido al otro barrio... que no se les volverá á ver... que todo acabó... Entonces viene al arrepentimiento, entonces se profieren mil injurias; pero es ya tarde... No se encontraba uno allí para apretarles la mano en el último momento, para cerrarles los ojos, para acompañarlos hasta la sepultura, y para colocar encima de ella una cruz de madera... (*llorando.*) Se vuelve al pais, ya no hay familia, amigos... nadie! ni siquiera se sabe dónde ir á derramar lágrimas!..

HER. Antonio!..

ANT. Te está bien empleado, vagabundo!... muy bien empleado!

HER. Amigo mio...

ANT. Y nada de esto hubiera sucedido sin la pérdida de mi Luisita... ella me hubiera retenido aquí... ó cuando menos, en el caso de haber partido, al saber la muerte de la buena Gertrudis y del padre Guillermo, el recuerdo de que la pobre chica quedaba sola, me habria hecho volver... Ah! si: no hubiera carecido de nada, porque yo soy muy trabajador en medio de todo, señorita... cuando me pongo á trabajar nadie me alcanza... todo es ponerse... Pero os estoy contando un sin fin de majaderias, que maldito lo que os importan, y...

HER. No; te oigo hablar de tus parientes con placer... yo los amaba mucho; y si en algo puedo consolarte, te aseguro, amigo mio, que de nada han carecido...

ANT. No podia esperarse otra cosa de vos y de la señora baronesa. ¿Cómo está de salud la buena señora?

HER. Muy bien.

ANT. Me alegro, tanto mejor! Mañana, con su permiso, me pondré el traje de dia de fiesta

é iré á hacerla una visita.

HER. Mañana.... Mañana.... Necesitas ir muy temprano.

ANT. Calle! yo pensaba que no se levantaba hasta despues de las doce.

HER. Es que mañana vamos á Marly.

ANT. Cerca de Versalles?... Donde hay un molino?... Ya sé dónde es!.. He pasado seis meses en casa del tio Roberto... un escelente carpintero... que trabajaba para palacio... Pero decidme, se tratará solo de un paseo; volveréis al instante... eh?

HER. No: permaneceré en Versalles probablemente... quieren casarme.

ANT. Oh! y con qué cara tan triste decis eso, señorita... Ya caigo... con alguno á quien no amais... mientras que tal vez... ¡Cáspita! no me atrevo á decirlo... mientras que tal vez amais á otro.

HER. Ah!

ANT. Y no hay medio alguno que pueda impedirlo? No se puede hacer entrar en razon á la baronesa? Ella os amaba mucho en otro tiempo.

HER. Es el rey quien ha querido...?

ANT. El rey!.. Y quién le mete al rey...? Ah... si yo me hallase en vuestro pellejo... Oh! perdonad, señorita... Miren quién se mete á consejero: un patan, un rústico!

HER. Amigo mio... mi buen Antonio... acaba, dí lo que ibas á decir... Ya sabes que el baron tomaba algunas veces consejo de tu padre Guillermo... y mi madre oia lo que la decia la tuya.

ANT. Bien me acuerdo, señorita... pero él era viejo, y con su esperiencia... mi padre Guillermo tenia una cabeza...! y mi madre era una santa mujer!... mientras que yo... yo...

HER. Tú tienes un buen corazon... tú me compadesces... y me amas.

ANT. Que si os amo, señorita!..

HER. Pues bien... Decias...

ANT. Decia, que solo se viene una vez al mundo... y que es menester pasar una vida feliz... Es buen mozo ese hombre? Es rico, como vos? Es noble, como vuestra familia?... Os ama, como mereceis ser amada?

HER. Me ama tanto como yo á él.

ANT. Pues en vuestro lugar, empezaria por hacer que mi madre variase de parecer... lloraria, suplicaria... y si á pesar de mis ruegos y de mis súplicas, rehusaba... no es difícil encontrar un cura, dos testigos y una capilla. La mamá grita al principio, despues llora, luego solloza, y en seguida perdona... Las mamás perdonan siempre... para eso estan en el mundo.

HER. (El tambien me lo aconseja!) (alto, viendo entrar á la baronesa.) Mi madre!

ANT. Cómo? La baronesa!...

ESCENA V.

Los mismos, la BARONESA.

BAR. Estábais aqui, Herminia... ¡Gracias á Dios! temi, al ver partir á vuestro caballo, que os hubiese sucedido alguna desgracia.

HER. Ya lo veis, madre mia: nada me ha sucedido... el caballo se detubo cerca de esta casa... entré para descansar un rato: á poco llegó ese foven, y he estado hablando...

BAR. Con ese mozo?

ANT. (saludando.) Buenos dias, señora Baronesa.

HER. Es Antonio Bernard, madre mia.

BAR. Es cierto! si, es él... Acércate: debi reconocerte por el aire de familia.

ANT. Lo que es yo, al instante conoci que erais la señora baronesa. Si apenas habeis variado!.. La misma que el dia en que parti... la misma absolutamente! (ap.) Digo esto para halagarla... pero está ya muy cascada la señora Baronesa.

BAR. Conque te tenemos de vuelta?

ANT. Si, señora... hace una hora.

BAR. Por mucho tiempo?

ANT. Para siempre, señora Baronesa... basta ya de viages.. Piedra que rueda no cria musgo. ya es tiempo de sentar la cabeza y las piernas...

BAR. Segun recuerdo, habias aprendido el oficio de carpintero.

ANT. Todavia no se me ha olvidado... en mi oficio á nadie temo... y como no soy ambicioso... Conque vos me deis trabajo y tres ó cuatro vecinos mas, tengo suficiente para llenar mis deseos, reducidos á lo necesario, y á un poco de superfluo. Conque asi, voy á buscar una tienda.

BAR. Para qué?

ANT. Toma, para establecerme.

BAR. Pues qué, no es buena esta casa?

ANT. Qué es eso de esta casa?

BAR. Esta casa fue la que habitaron tu padre y tu madre... y como esperábamos siempre que vinieses el dia menos pensado, te la hemos guardado para tí.

ANT. Cómo, señora baronesa, ¿hablais de veras? ¿No tratais de divertirnos á mi costa?

BAR. No, amigo mio, no.

ANT. Ah! es posible!.. tanta ventura!.. ¿Y qué he hecho yo para merecerla?... Conque podré vivir siempre aquí... rodeado de todos los recuerdos de mi niñez?... Señora Baronesa, mi afecto, mi brazo, mi sierra, mi corazon, mi garlopa... todo es vuestro; todo estará siempre dispuesto á servirlos, asi de dia como de noche... los domingos y los lunes.

BAR. (sonriéndose.) Bien, muy bien, amigo mio. Confio en tu palabra.

ANT. Me parece que estoy soñando!... Temo el despertar.

BAR. Para que creas en la realidad, te dejamos solo en tu casa.

ANT. Mi casa!

BAR. (á Herminia) Nos esperan en el castillo. Vamos, Herminia.

HER. Vamos, madre mia; y mientras llegamos, os suplico que me escuchéis, porque tengo que suplicaros..

BAR. Escucharé todo cuanto tengas que decirme, con tal que tus deseos se conformen con las órdenes del rey. (á Antonio.) A Dios, amigo mio.

ANT. A Dios, señora Baronesa; gracias, señora Baronesa, mil veces gracias. (salen por el fondo; Antonio las acompaña hasta la puerta.)

ESCENA VI.

ANTONIO, cerrando la puerta del fondo.

Ya partieron, y héteme aqui solo con los re-

cuerdos de chico... Nadie hay aquí que me impida reír ó llorar á mi antojo... (mirando á su alrededor.) En este cuarto vine al mundo... esa es mi cuna... tambien sirvió para Luisa... ¡pobre niña! Hoy tendria la misma edad que la señorita de Haqueville... y yo tendria una hermana... una amiga... no me encontraria solo en el mundo... Esta es la ruca de mi anciana madre!.. Cuantas veces se la he dado!.. Pobre cilla! (se enjuga una lágrima.) Si!.. El sillón donde dormia mi padre despues de haber recorrido el bosque de la señora Baronesa... Qué bien debe estar ahí dentro!.. (va á sentarse.) Qué hacés, Antonio?... Cuidado con que yo te vea ahí... eso debe respetarse!.. Tú no eres digno de sentarte en esa silla!.. Pero donde tengo la cabeza! Me habia olvidado de la carta que me entregó, al llegar, el señor cura... (saca una carta cerrada) Es de mi padre: bien conozco la letra... y está cerrada... ¿Si contendrá su testamento?... Pero si no tenia nada que dejarme... tal vez me deje el pago de alguna deuda: ¡quién sabe!.. duerme tranquilo, buen Guillermo, tus deudas serán pagadas... Veámos: (lee.) «Mi querido hijo; solo á un hombre, y á un hombre de bien, podemos confiar el secreto que tu madre y yo guardamos en el sepulcro. Asi, hemos rogado al señor cura que queme esta carta sin abrirla, si no vuelves á la aldea, ó si traes una mala reputacion. (determinándose.) Qué!.. qué significa esto?... (lee.) «Mientras que estabas de aprendiz en el taller del carpintero, tu hermana y la hija de la señora baronesa de Haqueville, que eran de la misma edad y á quienes tu madre criaba á un tiempo, cayeron ambas enfermas, y de tanto peligro, que el médico nos previno debiamos escribir á la señora baronesa, á la sazón ausente en una de sus posesiones de la Bretaña. Hicimos lo que nos previno el médico, esperando la voluntad del Señor. Por último, una noche, á pesar de todo nuestro esmero, una de las dos criaturas espiró... Nadie conocia aun este acontecimiento, y apenas trascurió una hora, vimos llegar á una muger desesperada, casi loca, aproximándose á la niña que vivia aun, exclamó: «Esta es la mia, ¿no es verdad? esta es la mia!» Y tomando nuestra hija en brazos, la cubrió de lágrimas y de besos... En aquel momento no tubimos valor para desengañarla... la dejamos en su error. Era nuestra bienhechora, y declarándola inopinadamente la verdad, temiamos una nueva catástrofe. Se llevó nuestra hija al castillo... Por la noche, la suya fue conducida al último asilo bajo el nombre de Luisa Bernard. (interrumpiéndose.) Oh! Dios mio!.. qué es lo que acabo de leer!.. Luisa, mi hermana, era esa... con quien acabo de hablar!.. (continúa la lectura.) «Todos los dias queriamos revelar á la Baronesa la fatal verdad, y todos los dias retrocediamos ante el temor de hacerla desgraciada. Ahora que tu madre ha muerto, y que yo voy á morir, el secreto que te confio, queda entre ti y el cielo. Haz de él el uso que te convenga, como honrado. Por muy elevada que sea la posicion de nuestra hija, la desgracia puede afligirla, la baronesa puede morir, y un caudal puede disiparse. No

olvides nunca que la señorita Haqueville es tu hermana.»—Oh! estád tranquilo, padre mio!.. velaré por ella, seré su apoyo, os lo juro! Y si alguna vez la viese á punto de cometer una falta... Dios mio! ella me ha hablado de un amor que no la aprueban, yo la he aconsejado que solo escuche á su corazón!.. Y tal vez la fuga... Iré al castillo... advertiré á la baronesa... Oh! seria una infamia dejar cometer una falta á mi hermana... Insensato!.. y tú, un miserable, un pobre jornalero, ¿cómo has de levantar la voz, en los salones de los grandes? Los lacayos te arrojarían con desprecio... Si yo pudiese verla un instante, un solo instante, la abrazaria, y entonces... abrazarla! y bajo qué título?... Nunca! nunca!.. Ah!.. es para perder el juicio!.. Oigo pasos!.. si, si... no me engaño, se acercan á esa puerta... tratan de abrir...

ESCENA VII.

ANTONIO, HERMINIA.

HER. (desde á fuera.) Antonio!.. Antonio!..
 ANT. Es su voz!
 HER. Antonio, ábreme.
 ANT. Si, si. (abre.) Entrad.
 HER. (entra envuelta en una capa.) Mira si me ha seguido alguno.
 ANT. Seguido! y por qué?
 HER. Miralo!
 ANT. No hay nadie.
 HER. Ah! respiro.
 ANT. Qué sucede?... Hablad, señorita...
 HER. Ay Antonio, soy muy desgraciada.
 ANT. Desgraciada! vos? (ap.) Vamos, parece que he llegado á tiempo. (alto.) Contádmelo todo.
 HER. Ya te he dicho la causa... mi madre quiere absolutamente que me case con el marqués...
 ANT. Que será viejo, horrible y arruinado?
 HER. No; es joven, no mal parecido, y si no es rico, disfruta del favor del rey, lo cual reemplaza á la fortuna.
 ANT. Pues entonces, señorita...
 HER. Pero amo á otro!.. amo á mi primo Enrique de Verneuil... le amo... ya lo sabes... ya te lo he dicho... y tú me has respondido aconsejándome que hable á mi madre.
 ANT. Y la habeis hablado?
 HER. Si, y me he puesto de rodillas... mi madre que me ama tanto, puedes tú comprender esto?... Ha estado inflexible... Entonces me he decidido.
 ANT. (con temor.) A qué?
 HER. A entregarme á la lealtad de mi primo, y dentro de un instante...
 ANT. Y bien?...
 HER. Estará aquí!
 ANT. Aquí! Perdonad, señorita... perdonad: escusadme que os hable de este modo... pero me guia vuestro interés... y me parece que haceis mal... obrando como...
 HER. Antonio, sigo el consejo que me dabas hace poco.
 ANT. Oh! si... ya... ya lo sé.
 HER. No me has dicho?...
 ANT. Si, si... lo he dicho... pero he hecho mal... Despues que habeis partido... he reflexionado que era imposible.

HER. Cómo!

ANT. Si, imposible. Mirad... los hijos deben obedecer á sus padres..., ellos saben mejor que nosotros lo que nos conviene. Y si nos obligan, ellos contraen la responsabilidad para con Dios.

HER. Pero el mal, en tanto, el mal es para nosotros.

ANT. Y creéis que sereis muy feliz cuando hayais desobedecido á vuestra madre? ¿Cuándo hayais huido por la noche del castillo? Cuando sepais que la baronesa llora, se desconsuela, y quizá os maldice?

HER. Tú mismo me has dicho que las madres perdonan siempre.

ANT. Si, pero tambien las hay que no perdonan nunca, y se mueren sin perdonar. Si vuestra madre fuese del número de esas?

HER. No comprendo el cambio que noto en tus palabras.

ANT. Estas reflexiones, señorita, me las ha sujerido la vista de la cuna de mi hermana Luisa. He pensado en Luisa y despues en vos. Me pregunté á mi mismo si habria dado á Luisa el mismo consejo que acababa de dar á la señorita de Haqueville, y me he respondido: No, Antonio, no: tú, su hermano, no le hubieras dado ese consejo... por el contrario, la hubieras dicho: «Hermana mia, pobre joven, considera que es preferible ser pobre sin tener nada de que arrepentirse, que feliz con remordimientos... Además, nunca es uno feliz con remordimientos. Y aun hubiera añadido: Luisa, mi querida Luisa, en nombre de nuestro difunto padre, en nombre de nuestra madre, en nombre de aquello que te sea mas sagrado... no hagas una cosa semejante... Y eso que Luisa tendria un hermano, un hermano que hubiera podido defenderla, vengarla, si era engañada: en cuyos brazos pudiera venir á llorar su falta, y buscar un consuelo á su dolor: pero vos, señorita, reflexionadlo, estais sola: no teneis á nadie á quien confiar vuestros pesares, porque no aceptaréis por consolador á un pobre diablo como yo... asi, vos os perderiais sin remedio... os veriais enteramente perdida!

HER. Si... si... ya lo sé. Crees tú que no me he dicho yo eso mismo mas de una vez?... Pero él... él... á quien he prometido... él que va á venir...

ANT. (consternado.) Va á venir!

HER. Si, esta mañana le he citado aqui... y esta tarde he dejado caer el ramillete, como me previno.

ANT. Va á venir... á robaros quizá?... Ante mi vista? Y pensais que yo lo consentiré? (cierra la puerta y coge la llave.)

HER. Antonio!... Comprendo que respecto á Luisa, de quien hablabais poco ha, tuvierais derecho para obrar de ese modo; pero con respecto á mi...

ANT. Por eso á vos solo os ruego. Aqui teneis la llave de la puerta... mas vedme de rodillas pidiendoos que no la abrais... Oh! si pudiera mostraros cuanto encierra mi corazón!... estoy seguro que no insistiriais... Y vos misma, vos misma... escuchad la voz de vuestra madre que os grita desde el fondo de la desespe-

racion en que vais á arrojarla... y decid si esas voces no os repiten las mismas palabras que os dice en este momento el pobre Antonio Bernard.

HER. Bernard! Oh Dios mio, qué he de hacer?...

ANT. Cumplir con vuestro deber, señorita... despues vendrá la felicidad. La desgracia importa poco, con tal que hayais hecho lo que es justo.

HER. Pero ¿qué quieres tú que le diga?

ANT. Nada... Lo mejor es no verle... Volvamos al castillo... no os separeis de vuestra madre... poneos bajo la proteccion de Dios... y dejad á su sabiduria que disponga de vuestra suerte.

HER. Antonio, es mi eterna desgracia!

ANT. (queriendo llevarla consigo.) ¡Que recaiga entonces sobre mi... Pero venid... venid!... (llaman por fuera.)

HER. Lllaman!... El es!

ANT. Partamos!...

ENR. (desde afuera.) Herminia!.. Herminia!

HER! Enrique! perdóname!

ANT. (llevándosela por la puerta lateral.) La he salvado, padre mio!

ACTO TERCERO.

Salon ochavado. Puertas en el fondo, laterales en los ángulos. Chimenea á la derecha del espectador. A la izquierda, enfrente de la chimenea, una puerta secreta oculta en la tapiceria.

ESCENA PRIMERA.

LA BARONESA, LEBEL.

LEB. Está contenta la señora baronesa?

BAR. Era necesario ser demasiado exigente para no estarlo, señor Lebel: apenas concebimos un deseo, cuando ya está satisfecho.

LEB. Tales son las órdenes de S. M., señora, y todos nos apresuramos á cumplirlas.

BAR. Si, si: estamos en el pais de los milagros... pero por hábiles que sean vuestros duendes y vuestros silfos, dudo que la habitacion que me destinais esté arreglada para esta tarde.

LEB. Venia á anunciar á la señora baronesa que puede tomar posesion de ella cuando guste; pues ya sabe que este pabellon está destinado esclusivamente para los nuevos esposos.

BAR. Cómo, señor Lebel, ¿mágia tenemos?... Una habitacion empezada esta mañana y terminada esta tarde?

LEB. Nuestro soberano desea complaceros. Sois digna de ese honor, pues que para agradar á S. M., habeis roto un matrimonio casi concluido.

BAR. Si, el de mi pobre Enrique!... Bajo una severidad aparente, he padecido mucho en el fondo... Pero somos servidores demasiado obedientes, para no sacrificarlo todo al cumplimiento de nuestros deberes.

LEB. Y el rey os lo agradece, señora... ya veis como rodea á ese casamiento de todos los honores que emanan de su persona. Los testigos han sido elegidos por él, el capellan es el de Versalles... él mismo vendrá esta noche de Fontainebleau á Marly, para que la señora

marquesa de Lancy le sea presentada por su marido y su madre... Ah! aquí está el señor marqués.

ESCENA II.

Dichos, el MARQUES y varias mugeres que traen cajones, regalos, etc.

MAR. Hola, sois vos, señor Lebel?... servidor vuestro... Señora baronesa, dignaos dar las órdenes para que aquí, y en cierta alcoba, donde aun no tengo el privilegio de entrar, coloquen esas frioleras... Me prometo que todo será del agrado de la señorita de Haqueville... Mi hermana, la duquesa de Cerney, ha elegido los adornos... Mas, á propósito, ¿sabéis donde se halla vuestro sobrino, el caballero Enrique de Verneuil?

BAR. Sin duda en camino para Brest, con el fin de embarcarse... Creo que acaba de espirar el término de su licencia, y necesita andar de prisa: pero, ¿á qué viene esa pregunta?

MAR. Vengo de ver á mi tio, el ministro de Marina, y le he oído dar órdenes que exigen el pronto regreso á bordo de los oficiales de la *Calipso*: mas supuesto que el caballero ha partido... (á Lebel mientras que la baronesa conduce á las doncellas á la alcoba de Herminia.) Y bien, señor Lebel, ¿qué hay de nuevo? ¿Quiénes son esos que he visto en el salon al entrar?

LEB. Creo que serán vuestros testigos, señor marqués.

MAR. Nuestros testigos! (á la baronesa que vuelve.) ¿Han llegado ya nuestros testigos? ¿Y quiénes son?

BAR. El señor de Meuse, el de Chaviñy y el de Duvernoy.

MAR. Hola, hola! no son muy escogidos... al parecer... hay algo de mostrador... pero no importa!.. pues que vienen de parte de S. M., bien venidos sean; paso á complimentarlos. (vase.)

LEB. Teneis alguna orden que darmé?

BAR. Yo mas bien os preguntaria, si teneis que comunicarme las órdenes de S. M...

LEB. Solo puedo repetir lo que ya he dicho. S. M. desea que el contrato se firme esta tarde á las siete, que el matrimonio se celebre á las ocho, y que la señora marquesa le sea presentada á las nueve.

BAR. Asi será, señor Lebel.

LEB. Entonces quedarán satisfechos los deseos de S. M. (saluda y sale.)

ESCENA III.

La BARONESA, despues ANTONIO.

ANT. Lo que el marqués acaba de decirme... esa repentina partida de la fragata... todo esto me inquieta... Ayer, al salir del castillo, me asustó el aspecto de Enrique al tiempo de despedirse... Con tal que no haga alguna locura!...

UN CRIADO. Señora, un artesano insiste en entrar, diciendo que la señora baronesa le ha mandado llamar.

BAR. ¿Qué clase de artesano?

CRIADO. Un carpintero.

ANT. (desde afuera.) Antonio!... (alzando la voz.) Señora baronesa, soy yo!... Antonio!

BAR. Cómo! Antonio Bernard!

ESCENA IV.

La BARONESA, ANTONIO.

ANT. (con una sierra debajo del brazo, dice desde el fondo.) El mismo, señora baronesa.

BAR. Está bien, está bien, dejadle pasar. (sale el criado.)

ANT. Os pido mil perdones, señora baronesa, por haber dicho que me habiais hecho llamar... pero con esa gente de librea es necesario mentir para conseguir alguna cosa... Felizmente no me ha costado mucho trabajo, y con estos instrumentos de que me previne á tiempo, he dado cierto aire de verdad á la mentira.

BAR. Cómo es que has venido á Marly?

ANT. Ahí vereis lo que es la suerte: ayer, despues de vuestra salida del castillo, cuando me preparaba á comprar madera y á buscar parroquianos, me encontré á un compañero que me propuso venir á ayudarle en una tarea urgente, aquí, á Marly... Hemos concluido; he recordado que vos estábais tambien en Marly, que se va á casar la señorita de Haqueville, la hija de mis bienhechores, y he creído que el rezo de un artesano será tan grato á Dios como la oracion de un palaciego; por eso me he atrevido á venir para deciros: Señora baronesa, quereis permitir á Antonio que asista en un rincon de la iglesia á la ceremonia?

BAR. Te agradezco tus buenos sentimientos, amigo mio. A la iglesia puedes venir... es la casa de Dios, abierta para el pobre y para el rico... pero aquí... ya comprendes... en palacio...

ANT. Es muy justo... Una chaqueta es bastante para Dios, mas para el rey se necesita una cascaca... Entonces me voy, señora baronesa... me voy... rezaré lejos... Escuchad antes una palabra... ¿Es aquí donde han de habitar los nuevos esposos?

BAR. Si, amigo mio. (señalando á un lado.) Ese es el cuarto de mi hija: yo habitaré en el otro pabellon al extremo de la alameda... allí me encontrarás si me necesitas... A Dios, Bernard: vive persuadido que aprecio el afecto que conservas á tus antiguos amos. (sale.)

ESCENA V.

ANTONIO, solo, despues LEBEL.

ANT. Si, si, á los antiguos amos se les quiere, se les venera; pero hoy no he venido por ellos... sino por mi hermana Luisa... Luisa en un palacio como este!... Cuanto lujo... cuánta riqueza!... Centinelas por todas partes, lacayos llenos de oro... Todo al servicio de mi hermana!... Y ella está contenta?... No: amaba mucho á su primo... Solo he podido verla un instante, ayer mañana: «Has hecho la desgracia de mi vida, me dijo, Bernard, pero te perdono.» ¡Pobre Luisa! Mas no me arrepiento: he hecho lo que debia. (durante las últimas palabras aparece Lebel por el fondo.)

LEB. (ap. examinándole.) Quién será este hombre!

ANT. (ap.) Cómo me mira! La chaqueta es lo que produce ese efecto; y, como me ha dicho la

baronesa, van á echarme á la calle.
 LEB. (ap.) Si será el oficial... Dime, ¿eres carpintero?
 ANT. (titubeando.) Si señor.
 LEB. Y por qué estás aquí? El señor Martin ha debido decirte dónde habias de esperarme.
 ANT. El señor Martin?
 LEB. Si, tu maestro.
 ANT. (ap.) Ya hay medio de quedarme.
 LEB. Responde!
 ANT. Vaya si me lo ha dicho... dos veces me lo ha repetido.
 LEB. (ap.) Venir precisamente á este pabellon! Si los que hoy le habitan hubieran preguntado á este hombre, todo se echaba á perder. (alto.) En fin, ¿cómo es que te encuentro aquí?
 ANT. Cáspita! es la primera vez que vengo, y ya comprendéis... esos grandes corredores, esos aposentos... me he perdido... yo que solo tengo una guardilla por casa y una escalera por recibimiento...
 LEB. Está bien: sigúeme!
 ANT. Bueno.
 LEB. Sabes de lo que se trata?
 ANT. Puesto que soy carpintero, creo que se tratará de... (hace como que asierra.) y de... (hace como que cepilla.)
 LEB. (con misterio.) Dos horas de trabajo... veinte y cinco luises adelantados... aquí los tienes... y diez años preso en la Bastilla si dices una palabra de lo que veas... Vamos, ven.
 ANT. Qué? qué? A ver... repetid eso... diez años de...
 LEB. Estás ya demasiado instruido para que retrocedas... Alguien viene... pronto.
 ANT. (ap.) En callando, nada hay que temer... (alto.) Ya voy, señor mio.

ESCENA VI.

HERMINIA, despues ENRIQUE.

HER. (saliendo de su cuarto.) Va á espirar el dia... Dentro de diez minutos el contrato... dentro de una hora el matrimonio... Cree uno que no ha de llegar nunca el momento terrible... se cuenta con algun suceso imprevisto, inesperado, imposible... despues pasan las horas... luego los minutos... los segundos... y el término fijado, la fatalidad viene y es necesario obedecer!
 ENR. (entrando.) Si, cuando falta valor.
 HER. Cómo! Vos aquí?... yo tiemblo!... Enrique, despues de nuestra última y triste entrevista, despues de haber obtenido mi perdon por no haberos aguardado en la casa del guarda, me prometisteis marchar á embarcaros.
 ENR. Pues bien, os engañé... ó mas bien, yo mismo me engañaba. Herminia, aun es tiempo... Nadie tiene sospechas de que estoy aquí... poneos un velo y seguidme.
 HER. Imposible!
 ENR. Herminia, tened presente que he jurado que este casamiento no se verificará.
 HER. Y cómo lo impedireis?
 ENR. No lo sé... pero aun cuando hubieseis firmado el contrato, aun cuando hubiérais pisado las gradas del templo, aun cuando estuviésteis de rodillas al pie del altar, ese casamiento no ha de verificarse.

HER. Enrique, por favor, escuchadme!... Mr. de Lancy puede llegar...
 ENR. Herminia, una sola palabra...
 HER. Si nos sorprenden juntos!
 ENR. Y qué importa?
 HER. Dentro de una hora seré muger de otro, y es deber mio respetar el nombre que llevaré dentro de una hora. A Dios.
 ENR. Cómo!
 HER. A Dios, Enrique, y para siempre! (entra en su cuarto.)

ESCENA VII.

ENRIQUE, el MARQUES, entrando.

MAR. Vos en Marly?... Al cabo debia esperarlo... No importa... me alegro infinito volver á veros, porque he preguntado por vos á todo el mundo.
 ENR. Seria yo bastante afortunado para que aceptaseis en Marly la proposicion que os hice en el castillo de Haqueville?
 MAR. En eso pensais ahora? Quiero deciros una cosa que os interesa: vengo de casa de mi tio; el ministro de marina, y he visto á su secretario expedir una orden, por correo extraordinario, al capitán de la *Calipso*, á fin de que al instante se dé á la vela para Gibraltar. ¿No sois primer teniente á bordo de la *Calipso*?
 ENR. Si, señor; y os doy gracias del aviso; pero ya comprenderéis, que viniendo de vos, debo tenerlo por sospechoso.
 MAR. Viniendo de mi?... ¿Qué interés pudiera tener en alejaros?
 ENR. La presencia de un rival es siempre enojosa.
 MAR. Decid que aflige, mi querido caballero, cuando ese rival es un hombre de honor como vos... Creed esto, y dareis con la verdad... pero no imagineis otra cosa, ú os alejareis mucho de lo cierto, aun cuando me creéis susceptible de tales subterfugios.
 ENR. Si, teneis razon, marqués... os conozco... sé que sois hombre de pundonor... yo daria diez años de mi vida porque asi no fuese.
 MAR. Pues bien, escuchadme ahora: habeis venido con permiso, no es así?
 ENR. Con una licencia que espira hoy mismo.
 MAR. Os repito lo que os he dicho... pasado mañana la *Calipso* se da á la vela: tomad una silla de posta, llenad de oro vuestros bolsillos, reventad dos ó tres tiros, y aun así apenas tendreis tiempo para llegar.
 ENR. Qué me importa!
 MAR. Meditadlo bien, caballero... no soy yo quien debe recordaros la severidad del consejo del almirantazgo: no ignorais que despues del último tiro de leva, todo oficial que no esté á bordo, es considerado como desertor... evitadnos esta desgracia!
 ENR. Una desgracia es lo que yo deseo... que venga cuanto antes.
 MAR. Caballero!...
 ENR. Basta, señor marqués, basta... Sabeis que está la guerra declarada entre nosotros... Aun no me doy por vencido, y mientras no seais esposo de Herminia, no canteis victoria. (saluda y vase.)
 MAR. Pero mirad... eso es una terquedad, una locura... Pues bien... le salvaré á pesar su-

yo... Voy á intentar un rapto. (vase corriendo tras Enrique.)

ESCENA VIII.

(Después de una breve pausa, se abre la puerta secreta: ANTONIO pasa por ella, trayendo una linterna apagada, y casi cae en medio de la estancia; la puerta gira y se cierra. Completa oscuridad.)

ANTONIO, sentado en el suelo.

Perdonad... si entro sin anunciarme... Nadie?... Tanto mejor! ¿Dónde estoy?... El caballero á quien seguí hace poco, me condujo... dónde?... al cuarto del rey!... no á su antecámara, ni al salón... sino á su alcoba. Luego que llegamos mi conductor enciende una linterna... me hace entrar en la alcoba... levanta un tapiz, oprime un botón... empuja una puertecita, pasa primero... me dice que le siga, cierra la puerta, y hétenos dentro de una galería donde no se divisa ni cielo ni tierra. Anduvimos unos cincuenta pasos y encontramos cuatro escalones... dos enteramente deteriorados... Aquel señor que me conducía me señala el mal paso. Bueno, comprendo: hay que hacer dos escalones nuevos, ¿no es verdad?... Nada más, amigo mío. Aquí teneis tablas, clavos, herramientas. ¿Cuánto tiempo necesitáis para esta tarea?—Trabajando bien, una hora.—Pues bien, al avío, y dentro de una hora vendrán á buscaros... á Dios » Y se vuelve por donde vino... Me pongo á trabajar, diciéndome á mí mismo: ¿Para qué diablos puede servir un pasillo que termina en la alcoba del rey?... ¿Será para ir al cuarto de la reina?... No lo creo: entre personas casadas no se gastan tantos cumplimientos... Vamos, Bernard, amigo mío, trabaja con fé, y que el rey no se rompa la cabeza... y acepillaba, acepillaba con ardor!... de tal manera, que doy un manotazo á la linterna, la tiro al suelo y me quedo á buenas noches... Busco á tientas, y no dudando que el pasadizo conduce á alguna parte, ando, encuentro una puerta... palpo, toco un resorte, lo empujo, y me zampo... ¿dónde?... ¿qué sé yo?... (riendo.) Sin duda donde debe venir el rey... llego como correo para preparar el alojamiento... Pero es preciso largarse pronto, atendido que ciertas palabras que me han dicho acerca de la Bastilla me tienen algo inquieto... (mirando hácia la chimenea.) Calle! tenemos fuego... con un papel enciendo mi linterna, y listo. (lo hace.) (el teatro se ilumina.) Ah! era aquí donde debía venir el rey incógnito!—(riendo y frotándose las manos.) Vamos, vamos, ya comprendo. (examinando el teatro.) Qué veo! Me parece que conozco esta habitacion... Si, si... aquí es donde estaba hace poco... este es el gabinete que precede á la alcoba de la señorita Herminia de Haqueville, ó mas bien, de Luisa Bernard... de mi hermana... Qué significa esto, Dios mío! Qué bien he hecho en venir aquí... qué bien he hecho en seguirlas... Mi padre tenia razon al recomendar-me que velase sobre su hija... He obedecido, y estoy aquí... Ella viene: oh! el cielo la envía!

ESCENA IX.

ANTONIO, HERMINIA, que se acerca tristemente sin verle.

ANT. (ap.) Cómo protegerla?... Si digo una palabra, la Bastilla... y una vez encerrado, quién velará por ella!

HER. (descubriéndole.) Antonio!

ANT. Si, señorita, yo soy, que he querido veros aun... y que me prometia tanto placer!... Mas no, todo mi contento ha desaparecido... al miraros tan triste.

HER. Ah, Bernard, ¿qué es lo que has hecho?

ANT. Si, si... ahora conozco que no tuve razon... Sin embargo, creia obrar lo mejor del mundo... Habia creido que la corte, los honores y los diamantes, los vestidos de baile y los aposentos dorados, alegrarian vuestro corazón.

HER. Cómo te has engañado, amigo mío! Mira, un vestido de percal, una cabaña como la que te ha dejado tu padre, y la libertad... la libertad de amar, esa es la felicidad verdadera.

ANT. Perdonad, os he hablado como lo hubiera hecho á mi hermana... Lo que os he dicho es lo que hubiese dicho á Luisa.

HER. Ojalá fuese yo esa pobre Luisa! Al menos si no me casaba con el hombre á quien quiero, no me obligarian á casarme con el que no amo... porque habria alguien que me comprenderia, que tendria compasion de mí; ¿no es verdad?

ANT. (con viveza.) Cómo!... de veras!... preferiais mejor ser una joven infeliz, que la rica y noble señorita de Haqueville...? ¿Y no os arrepentiriais? Y os habituariais á la mediania, á la pobreza?...

HER. A todo, Antonio, á todo, por tener libre el corazón.

ANT. Alguien viene... No deben verme aquí... pero confiad, señorita, estoy cerca de vos.

ESCENA XI.

Dichos, la BARONESA, el MARQUÉS.

BAR. Vamos, marqués. Firmemos pronto el contrato. El rey acaba de llegar... Le he visto pasar por la galería... Me ha reconocido, y se me ha acercado diciendo: ¿se ha efectuado ya el matrimonio, señora baronesa? Si, señor, respondí: porque en el modo con que me hizo la pregunta, conocí que toda otra respuesta seria irritarle.

MAR. Y habeis hecho muy bien. Es necesario estar siempre de acuerdo con la voluntad del rey.

BAR. Entonces sacó un papel de la faltriquera, y me lo entregó con suma gracia... Añadiendo: De mi parte, al señor marqués de Lancy.

MAR. (tomando el papel.) De parte del rey!... Qué diantres puede ser esto!

BAR. Algun nuevo favor, sin duda... un título... una condecoracion...

BAR. No; una nueva embajada.

MAR. Importante?

BAR. Muy importante, y muy urgente, segun las señas.

BAR. Dios mío!

MAR. (viendo entrar á los testigos.) Vamos, Herminia, volved en vos. Hé aquí los testigos que vienen para acompañarnos.

MAR. (ap) Qué quiere decir esto? La orden de salir para Dinamarca esta misma noche. Será acaso que S. M!... demonio, demonio!... Vamos despacito, señor monarca.

BAR. Marqués... dad la mano á vuestra futura.

HER. Yo desfallezco! (hace un esfuerzo para levantarse y cae.)

ANT. (acercándose.) No estais viendo que se ha desmayado la pobre niña?

MAR. Quién es este mozo, señora baronesa?

BAR. Ah! un criado antiguo de la familia... No hagais caso... (á Antonio.) Tu celo te ciega, amigo mio!... Anda, anda... esto no te importa.

ANT. Cómo que no me importa!.. (Herminia intenta levantarse.) No, no, tranquilizaos.

BAR. (á un lacayo.) Haced salir á ese hombre!... Vamos, señorita... el rey lo quiere!

HER. Ya lo ves... ellos quieren...

ANT. Ellos lo quieren?... Pues bien... yo no quiero!

BAR. Este hombre se ha vuelto loco.

ANT. No sino muy cuerdo. Con nobleza, carriages, bellos trajes y ricos diamantes, se puede morir de desesperacion... Yo no lo creia... Pero ahora lo veo... Pues bien... renunciará á todo esto... hoy... al instante mismo... No tendrá coches, ni lacayos, no será marquesa; pero será libre, será feliz: no se llamará la señorita Herminia de Haqueville, es cierto... es un nombre sonoro... pero se llamará Luisa Bernard, que es un nombre honrado.

HER. Qué dices, Bernard!

ANT. La verdad! Digo que sois mi hermana.

MAR. Su hermana!

ANT. (dando un papel á la baronesa.) Leed, señora, leed. (á Luisa.)—Si fuera para tu felicidad, te diria: «Obedece, mi Luisa, obedece, porque la baronesa hace diez y ocho años que te ama como su hija... La baronesa es tu segunda madre... Pero lo que te ordenan es tu desgracia, tu desesperacion y tu afrenta.

MAR. Miserable!

ANT. He dicho su afrenta, y esa es la palabra... y no la retiraré... Vos no sabeis lo que yo sé, y por eso no la comprendéis... (á Luisa.) Tranquilizate, Luisa; tranquilizate, hija mia: una vida sencilla, tranquila y la libertad de conceder tu corazon á un buen muchacho, esto es lo que te prometo.

BAR. (aterrada.) Qué he leído, Dios mio!

MAR. Pero, señora, acaso ese hombre...

BAR. Es el único que tiene derecho sobre ella. (le da la carta de Antonio: los testigos se retiran silenciosamente.)

MAR. (ap.) Es un milagro del cielo!.. Escribamos á S. M. que, supuesto que no me caso, mi empleo de embajador queda vacante.

ANT. (á Herminia.) Ahora, Dios nos protegerá.

HER. (á la baronesa, á quien besa la mano.) Señora, permitid por última vez...

ANT. Ven, Luisa, ven, hermana mia. (la baronesa cae desplomada en un sillón: Antonio se lleva á su hermana casi por fuerza: al llegar al foro, Herminia se vuelve para mirar á la baronesa. El marqués saluda á esta última.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del segundo acto.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIO, solo.

Vamos, Antonio, ya estás de vuelta en la casa de tu padre... ya eres carpintero por tu cuenta: es necesario trabajar con brio, trabajar para dos... Muy bueno: todo el dia me estoy diciendo lo mismo, y al cabo no hago nada. Cuando ella no está aqui, pienso en ella; cuando ella está aqui, me entretengo en mirarla, pasa el tiempo, y... (escucha.) me parece que la oigo rebullirse en su habitacion. Son las ocho de la mañana... y aun cuando se levantára algo tarde, nada tendria de particular... á mas de media noche estaba despierta... Como que me levanté tres veces para escuchar... qué podrá desvelarla de esa manera? Ah!... he oido decir, que en las casas de los grandes se hacen las visitas despues de media noche, y que se acuestan á las dos de la madrugada... Quizá sea eso. No se pierden en un dia las costumbres de diez y ocho años... Yo tambien puedo acostarme tarde... Dormiré algo menos, y santas pascuas... No me habia equivocado: acaba de levantarse.

ESCENA II.

LUISA, ANTONIO.

LUI. Buenos dias, hermano.

ANT. Muy buenos, señorita.

LUI. Qué quiere decir señorita?

ANT. Quiere decir, que tan dificil es acostumbrarse á lo bueno como á lo malo... quiere decir, que apenas puedo convencerme de que seais mi hermana: quiere decir que siempre me parece que vais á enfadaros si os llamo Luisa.

LUI. Mi buen Antonio!

ANT. Si, vuestro buen Antonio, que os ama, creedlo, envaneceos; pero que no deja de considerar de cuando en cuando, si habrá hecho una necedad declarando que sois su hermana.

LUI. No, amigo mio, no; es lo mejor que podiais haber hecho.

ANT. Si no hubiera sido por aquel maldito pasillo, guardaria silencio... pero el pasillo...

LUI. Varias veces me habeis hablado de un pasillo, sin explicarme lo que quereis decir.

ANT. Chist... teneis razon: he hablado muchas veces... ¡guay de la Bastilla!.. hablemos de otra cosa: de vos, señorita.

LUI. Otra vez!

ANT. No me atrevo... puede mas que yo... y tambien es culpa vuestra.

LUI. Culpa mia!

ANT. Si... ya no me tuteais... y cuando erais una señora, me tuteabais... Me parece que os cuesta tanto trabajo hablarme de tú, como á mi: pero todo vendrá con el tiempo.

LUI. Por qué me mirais de ese modo?

ANT. Toma! porque os encuentro hermosa con ese nuevo vestido. Sin polvos estais mucho mejor: teneis un pelo que parece seda, tan

reluciente, tan suave... á qué diablos cubrirlo con aquella maldita harina? A dónde vais?

LUI. A la iglesia á oír misa.

ANT. Es muy justo... id á rezar por vos y algo por mi. A Dios

LUI. A Dios, Bernard!..

ANT. A Dios, her...

LUI. Acaba...

ANT. Si, si... hermana mía.

LUI. Y nada mas?

ANT. Qué mas?..

LUI. No ves que estoy esperando?..

ANT. Esperando... el qué?

LUI. Una caricia tuya.

ANT. (abrazándola.) Si, si... tienes razon, Luisa mia... A Dios, y vuelve pronto.

LUI. No tardaré. (vase.)

ESCENA III.

ANTONIO, solo.

En fin, ya la tuteo... poco á poco se va lejos... Ella hace cuanto puede por tenerme contento... ¡pobre niña!... Me oculta sus lágrimas... pero, ¿por qué ha de llorar? ¡ah! si yo pudiera averiguarlo!... ¿qué ha de ser?.. ¿Acaso no es bastante el cambio repentino de estado?.. Y yo que debia evitarla recuerdos y humillaciones, la traigo junto al castillo, donde ha pasado su juventud y la paseo ante las aldeanas que estaban acostumbradas á decirla señorita... Esto no puede durar... mañana... hoy mismo buscaré otra habitacion... lejos, muy lejos... Pero renunciar para siempre á la casa de mi padre!.. ¿quién me impide guardar la llave y venir aqui de vez en cuando?.. Mas quién es este hombre!.. Qué buscáis en esta casa!...

ESCENA IV.

ANTONIO, ENRIQUE.

ENR. Amigo mio, amigo mio, ocúltame... me persiguen.

ANT. Ocultaros!.. y quién sois?

ENR. Un hombre de bien... os lo juro!

ANT. Alto!... yo no creo á las gentes á la primera palabra: las personas honradas no se ocultan.

ENR. Tranquilízate; puedes darme asilo: mira, soy militar. (se desemboza.)

ANT. Militar!... ah! eso es otra cosa... Sin embargo...

ENR. Soy oficial de marina, teniente de fragata, no he ido á embarcarme antes de la partida de mi buque, á pesar de la orden que habia recibido para ello, y ya ves...

ANT. Que os persiguen?

ENR. Han perdido mis huellas: me he acordado de esta cabaña, que conozco hace tiempo, y vengo confiado en que no me delatarás.

ANT. Delataros!.. no por cierto... Estais seguro de lo que decis... no sois mas que un desertor?..

ENR. Te lo juro por mi honor.

ANT. Bien. En ese caso estad tranquilo: desertar no es muy bueno, pero al fin y al cabo, habrá algun motivo que disculpe la desercion.

ENR. Oh! nunca una falta semejante merece disculpa como en la ocasion presente. Imagina..

ANT. Basta, basta. Cuando yo digo una vez que creo, es que creo, y nada mas. Permaneceis aqui oculto: un dia pronto se pasa, y cuando caiga la noche, sustituireis el uniforme con una chaqueta, tomareis bajo el brazo una sierra, ú otro cualquier instrumento; todavia conservo mi libreta, y gracias á este salvo conducto y al nuevo trage, ireis tranquilo hasta el fin del mundo.

ENR. Gracias, amigo mio.

ANT. No hay de qué. Entrad en ese cuarto y no hagais ruido: si entran en la habitacion, meteos en el armario de los vestidos. Pronto, que llegan. (Enrique entra. Antonio se sienta á la mesa y hace como que almuerza.)

ESCENA V.

UN EXENTO, soldados, ANTONIO.

EXEN. Hola, buen amigo!.. Eres sordo?

ANT. No, pero es, que cuando como estoy ocupado... Perdonad si no he salido á recibirlos á la puerta: porque segun parece venis de parte del rey: qué quereis, señores? ¿En qué puedo servir á S. M.?

EXEN. Gastas buen humor, eh?

ANT. Si, cuando no tengo motivo para estar triste. Este es mi carácter.

EXEN. Y respondeis con franqueza á las preguntas que te se hacen?

ANT. Cáspita! Eso depende del género de las preguntas, y si las respuestas no pueden comprometerme.

EXEN. Pueden comprometerme si no dices la verdad.

ANT. Entonces, empezad á preguntar.

EXEN. (á dos soldados.) Vigilad por los alrededores!.. (á Antonio.) Hemos perdido de vista á cien pasos de esta casa, á un hombre que debe estar aqui.

ANT. A un hombre!

EXEN. A un oficial.

ANT. A un oficial... pues debe haberse hecho invisible para entrar aqui.

EXEN. Cuidado, amiguito... No se juega con los agentes del rey; si te cojemos en falta, ya tienes para rato.

ANT. Ah, si... esperad... ahora recuerdo...

EXEN. Qué?

ANT. Hablais de un hombre embozado en una capa azul?

EXEN. Precisamente.

ANT. Justo. Y llevaba debajo un uniforme?

EXEN. Si, si... lo has visto?

ANT. Lo mismo que os estoy viendo á vos... Hace unos diez minutos que un hombre de esas señas se ha presentado á la puerta, con semblante muy alterado.

EXEN. Ya lo creo!.. cuando va la vida...

ANT. Pues!.. Se ha presentado y me ha dicho: amigo mio, el camino de Chatou. El camino de Chatou, no tiene pierde; tomad por el salto del ciervo, y derecho, derecho. Entonces echó á correr por la ruta que le señalaba, y debe estar lejos.

EXEN. Siento mucho tener que desmentirte. No hay una palabra de verdad en lo que acabas de decir.

ANT. Yo he mentido?

EXEN. Tú has visto el hombre envuelto en la capa azul, y con uniforme debajo: pero ese hombre no ha tomado el camino de Chatou, pues que yo vengo por él.

ANT. Y cómo quereis que yo sepa si ha seguido ó no ese camino? Me preguntó por él, le respondí, y en paz.

EXEN. Y yo te respondo á ti, que ese hombre está aquí.

ANT. Os digo que os engaÑais.

EXEN. Ahora lo veremos. (á los soldados.) Registrad por ese lado.

ANT. Encontrareis una buena coleccion de herramientas de carpintero, que asi hubiera en que emplearlas.

EXEN. Ya veremos lo que dura ese aire de seguridad.

UN SOL. No hay nadie.

EXEN. Entrad en ese cuarto.

ANT. (Desgraciado... está perdido.)

SOL. La puerta está cerrada.

ANT. Cerrada!

EXEN. Dónde tienes la llave de esa puerta?

ANT. La llave de...

EXEN. Si, la llave de esa puerta... despacha!

ANT. Ya, la llave... no sé... no caigo donde la he puesto.

EXEN. Es necesario que parezca.

ANT. Ah! ahora recuerdo: ese cuarto es el de mi hermana... de mi hermana, Luisa.

EXEN. ¿Dónde está tu hermana?

ANT. En misa. Al salir se habrá llevado la llave... eso es, se ha llevado la llave... y pues que ella la tiene, ya veis que no puede haber entrado nadie en esa pieza.

EXEN. Derribad la puerta.

ANT. Derribar la puerta de la habitacion de mi hermana?

EXEN. Con dos culatazos basta.

ANT. Eh!.. deteneos: yo estoy en mi casa, y no puedo consentir...

EXEN. Rebelion tenemos!... Derribad esa puerta al instante. (dan culatazos.)

ESCENA VI.

Dichos y ENRIQUE, disfrazado.

ENR. Para que golpeais de ese modo?

ANT. (Qué significa? Ah! ya caigo.) Hola! hola!.. Estabas ahí?

ENR. Si, señor maestro, aqui estaba. Como me habiais dicho que faltaban dos tablas al armario de vuestra hermana, he querido arreglarlas á fin que las encuentre al volver de misa. Me encerré para estar á mis anchas. La obra está terminada, ya puede venir cuando guste.

EXEN. Quién es ese joven?

ENR. Quién soy? No es muy difícil conocerlo. Enrique, aprendiz de carpintero.

EXEN. No hablo contigo.

ENR. Pues con quién hablais?

EXEN. Con tu maestro.

ANT. Me preguntais quién es?... Mi aprendiz... mi aprendiz. Enrique... el novio de mi hermana...

ENR. Ausente tres meses ha, y que acaba de llegar hoy mismo.

EXEN. Silencio! Ya responderás cuando te se pregunte.

ANT. El novio de mi hermana, que viene para casarse con ella.

EXEN. Está bien. Ha visto á tu hermana despues de su regreso?

ANT. No, señor .. Y ahora caigo: ibamos á hacerla buena, dejándola entrar sin prevenirla... la impresion!.. pobre hermana, como se alegrará al ver á su querido Enrique.

EXEN. Apártate. Dices que tu hermana ama á ese mozo?

ANT. Delira por él.

EXEN. Y que no le ha visto despues de su regreso?

ANT. No solo no le ha visto, sino que hasta ignora su vuelta. Ha caido entre nosotros como una bomba.

EXEN. Muy bien. Dónde está tu hermana?

ANT. En la iglesia: creo habérselo dicho.

EXEN. Como se llama?

ANT. La iglesia?

EXEN. No, tu hermana.

ANT. Luisa Bernard.

EXEN. (á varios soldados.) Luisa Bernard, entendéis? Que vaya uno de vosotros en busca de esa joven y la acompañe aqui.

ANT. Para qué han de ir á buscarla? Ella vendrá sola.

EXEN. Observaremos el efecto que le produce la presencia de ese hombre. Id á buscar á Luisa Bernard.

ANT. Mirad, ella es la que se dirige hácia esta parte... voy á decirla..

EXEN. Quieto en ese puesto, y no de splegues los labios. (á los soldados.) Vosotros esconded en ese lado. Ni una palabra!.. ni una seña. Cuidado!!

ESCENA VII.

ENRIQUE, ANTONIO, LUISA.

LUI. (entrando.) Aqui estoy, hermano mio.

ENR. (Herminia!.. á qué vendrá ese disfraz?)

LUI. He estado fuera mucho tiempo, no es verdad?... Pero cuando sepas... ah!.. Enrique aqui?... Señor Enrique...

ANT. (Qué!.. cómo!.. le conoce... demonio... yo no sé donde estoy.)

ENR. (bajo y rápido.) Silencio, prudencia, solo soy un artesano. (alto.) Yo soy, querida Luisa. (á los soldados.) Estais satisfechos? ¿Dudais aun?

ANT. Veis como es verdad cuanto os hemos dicho? (El diablo me lleve si comprendo una palabra.)

EXEN. Si, amigo mio; perdona si te he tratado con algun rigor; pero las apariencias...

ANT. No es bueno fiarse de las apariencias... Ya veis cuan engaÑosas son.

EXEN. Vamos por otro lado. Señorita, disimulad. ¿No me deciais que aquel hombre... el otro... habia tomado el camino de Chatou?

ANT. Parece que ahora me creéis? Pues vamos, veo que sois un buen hombre, y quiero indicaros yo mismo el camino que ha tomado.

EXEN. (á los soldados.) En marcha! (vanse.)

ESCENA VIII.

LUISA, ENRIQUE, ANTONIO.

ANT. Ya os sigo, señores; voy á tomar el sombre-

ro... y yo que me iba sin sombrero!... (volviendo á la escena.) Qué quiere decir esto?... Yo mentía, mentía, y me encuentro con que he dicho la verdad.

LUI. No; la casualidad lo ha hecho todo: este es mi primo Enrique de Vernuil.

ANT. El primo!.. el preferido!.. ahora ya me puedo ir sin miedo... Dejadme hacer; voy á estraviarlos en el bosque, y vuelvo á participar de vuestra dicha. (vase corriendo.)

ESCENA IX.

ENRIQUE, LUISA.

LUI. Qué ha sido esto?... Qué buscaban esos soldados?

ENR. Despues lo sabreis. Pero, ¿cómo es que os encuentro con ese traje, bajo el nombre de Luisa Bernard, y en la cabaña de un jornalero?

LUI. Enrique, han sucedido muchas cosas desde que nos vimos la última vez: esta cabaña es la nuestra: este traje es el que me conviene: y Luisa Bernard es mi verdadero nombre.

ENR. No os comprendo.

LUI. Yo no soy hija de la Baronesa de Haqueville... no. En el momento en que iba á desposarme con el marqués, en que me arrastraban á firmar el contrato, ese buen hombre que habeis visto, Antonio, con quien me he criado, vino á reclamarme como su hermana, enseñó una carta á la Baronesa, y todo acabó.

ENR. Oh! Dios mio, cuan feliz soy! Os estaba esperando en la capilla, resuelto á disputaros al marqués en el momento crítico... á dar un escándalo que hiciera el casamiento imposible... Cuando veo que entran, que despojan el altar, que apagan las luces diciendo, que se suspendia la ceremonia. Salgo, pregunto, nadie sabe explicarme la soledad y el silencio en que se vió envuelto el castillo despues de tanta algazará... ¡pero sois libre!.. ¿Cómo explicaros mi enagenamiento?

LUI. Señor Enrique...

ENR. Señor Enrique!.. Qué os he hecho, Herminia, que así me desdeñais?

LUI. Olvidais que ya no hay Herminia, señor caballero?

ENR. Dios mio!

LUI. Solo existe la pobre Luisa, la hija del guarda-bosque Bernard, la hermana de Antonio el carpintero.

ENR. Y qué me importa vuestro nuevo nombre? Creiais que yo os amaba por vuestro nombre, por vuestra clase ó vuestra fortuna? No, no: yo os amaba por vos misma. Luisa, sereis mia y seremos felices.

LUI. Os lo agradezco, Enrique... sois tal cual yo os comprendia... Si, sois el honrado y noble Enrique de Vernuil; mas ya que vos habeis hecho lo que debeis, consentid que yo á mi vez cumpla con mi obligacion. Bien sabeis que Luisa Bernard, no puede ser la esposa del caballero de Vernuil.

ENR. Por qué?

LUI. Porque todo ha cambiado. Vos sois noble, Enrique, y teneis que dar cuenta de vuestras acciones á toda la nobleza de Francia. (Antonio aparece y se queda en el fondo.) Debeis responder de ellas á vuestros mayores, y legarlas á vuestros descendientes. No, Enrique, yo no

os perteneceré, pero tampoco á otro alguno: porque si Luisa Bernard no puede hoy casarse con un señor de alto rango, la que fué en otro tiempo Herminia de Haqueville no será la muger de un artesano.

ANT. (acercándose.) Entonces, Luisa Bernard debe morir soltera, ó entrar en un convento... y entonces Antonio Bernard ha cometido una mala accion? Ya me lo esperaba yo. Si, si... habeis querido ocultármelo, pero inutilmente: yo veia la huella de vuestras lágrimas y decia: Antonio, has obrado muy mal!.. Ah! perdonadme, padre mio: crei obrar del mejor modo posible.

ENR. Antonio, hermano mio; une tus súplicas á las mias para que consienta en ser mia.

ANT. Todo porque es mi hermana, porque es Luisa Bernard, en lugar de Herminia de Haqueville. Pues bien; veremos, señor Enrique; no hay que desanimarse. Dios inspira á los buenos corazones y Dios me inspirará. Esperadme... señorita, no os apresureis á aborrecerme. Si salgo mal, entonces tendreis tiempo... (Vamos á casa de la Baronesa.) Quedaos, señor Enrique, quedaos.

ESCENA X.

ENRIQUE, LUISA, despues, el EXENTO.

ENR. Ya lo veis, Luisa; él tambien os dice que haceis mal... mirad cual lloro como un niño. Luisa, en nombre del cielo, compadeceos de mi!

LUI. Solo trato de evitar mayores pesares...

ENR. Supuesto que sois inflexible, sabed lo que intentaba ocultaros: que no es el caballero Enrique de Vernuil el que os suplica, sino un proscripto, un fugitivo.

LUI. Vos un proscripto!

ENR. Si; ese amor que no quereis recompensar, me ha hecho cometer una falta que nosotros los militares no perdonamos nunca. Hace un momento me preguntabais, ¿qué hacian aquí aquellos soldados? Luisa, aquellos soldados, me buscaban.

LUI. Me haceis estremecer.

ENR. Mi fragata ha partido, y yo estoy aquí.

LUI. Gran Dios!.. vos desertor?..

ENR. No se trata, pues, de seguir mi carrera, ya perdida: tampoco de ir á la corte donde mi nombre está deshonrado: se trata de huir, de abandonar la Francia, de ir á vivir al extranjero en la oscuridad del destierro.

LUI. Qué decis? Me abandonais? Vos, mi amigo, mi esposo!

ENR. Luisa, Luisa mia, al fin consientes?

LUI. Si: eres desgraciado y estoy pronta á seguirte.

ENR. Pues aprovechemos los instantes y este disfraz; huyamos. Escribiré á tu hermano que venga á reunirse con nosotros: no hay que perder momento.

LUI. Si. si... vamos.

EXEN. (que ha salido poco ha y estado escuchando desde el fondo.) Señor Enrique de Vernuil, en nombre del rey daos á prision.

ENR. No hay remedio!

LUI. Dios mio!.. tened compasion de nosotros!

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del acto tercero.

ESCENA PRIMERA.

La BARONESA, BERTA.

BAR. Se han obtenido al fin algunas noticias?

BER. Si, señora: ya se ha descubierto dónde está! Con su hermano Antonio, en la casa del parque de Haqueville.

BAR. Está bien. Quiero verla otra vez antes de volver al castillo. Que enganchen.

BER. Si al señora Baronesa me permitiera...

BAR. No habeis comprendido? Idos. (*Berta encuentra al salir á un criado: cambia con él algunas palabras y vuelve.*)

BER. Señora Baronesa...

BAR. Qué hay?

BER. El señor Antonio está aqui, y solicita el honor de ser introducido.

BAR. Antonio?

BER. El mismo.

BAR. Que entre.

BER. Entrad.

BAR. Dejadnos solos. (*vase Berta.*)

ESCENA II.

ANTONIO, LA BARONESA.

ANT. Si, yo soy, señora Baronesa... servidor vuestro... y humilde criado...

BAR. Acércate, amigo mio.

ANT. Ah! señora, con cuanta bondad me recibis.

BAR. Y por qué te habia de recibir mal?

ANT. Cáspita!.. me parece que no debiais tenerme muy buena voluntad.

BAR. Y por qué? Tú has usado de un derecho muy natural reclamando á Herminia. Dios me ha castigado por tu mano: eso es todo. Yo era demasiado dichosa, como muger y como madre, y creia que nada podia destruir esa felicidad de diez y ocho años. ¡Me he equivocado! Pero dime: si no hubiese violentado á mi Herminia, si en vez de obligarla á casarse con el marqués, hubiera consentido en su enlace con Enrique de Vernuil, ¿me la hubieras dejado?

ANT. Siempre, señora Baronesa: pongo á Dios por testigo.

BAR. Nunca hubiera sabido que no era mi hija... que tú eras su hermano?

ANT. Nunca, señora Baronesa; me hubiera contentado con verla algunas veces, y oír su voz cuando se dignára hablarme; mi dicha habria consistido en verla á ella feliz.

BAR. Entonces, tú eres mejor que yo, Antonio, y Dios ha hecho bien en castigarme.

ANT. Luego sentis su pérdida?

BAR. Pregunta á una madre si siente la pérdida de su hija!.. porque era mi hija, la prenda de mi corazon. Un error de diez y ocho años es casi una realidad. Oh! nunca me consolaré.

ANT. Pues bien, escuchad, señora Baronesa.

BAR. Habla.

ANT. Si os la devolviera?..

BAR. Tú, devolverme á mi Herminia, será posible?..

ANT. Yo soy hombre y estoy acostumbrado á los disgustos: sé lo que es el dolor y ya he tomado mi partido. Veamos: ¿la amareis siempre?

BAR. Ahora quizá mas que antes.

ANT. Olvidareis todo lo que ha pasado?

BAR. Si, escepto el bendecirle eternamente.

ANT. La casareis con el señor Enrique de Vernuil, á quien ama, y que es un mozo leal y honrado?

BAR. Será enteramente libre para elegir... te lo juro.

ANT. Pues bien, todavia hay medio de que eso se arregle.

BAR. De qué modo? Dios mio!

ANT. Voy á deciroslo... pero silencio... alguien viene.

UN CRIADO. El señor marqués de Lancy.

ESCENA III.

Dichos, el MARQUES.

MAR. Perdonad, señora baronesa, si entro sin aguardar vuestro permiso: mas se trata de un asunto de la mayor importancia.

BAR. Me asustais, señor marqués: ¿qué ha sucedido?

MAR. Creiamos que vuestro sobrino, el caballero de Vernuil se habia embarcado: pues no ha sucedido asi... la fragata ha zarpado áncoras, y el ministro de marina ha recibido comunicaciones de Brest, relativas al caballero.

BAR. Y bien?

MAR. Esas comunicaciones...

BAR. Hablad, por Dios.

MAR. Puedo hacerlo delante de ese hombre?

BAR. Si, si... es el hermano de Luisa.

MAR. Conoceis, señora, el rigor de las leyes militares, sobre todo para los marinos?

BAR. No ignoro que esas leyes son terribles...

MAR. Pues bien. Ha sido inútilmente llamado á bordo: el capitan retardó un dia mas la partida para aguardarle: por último, se ha visto precisado á hacer su denuncia al comisario de marina: se ha reunido el consejo, y...

BAR. Qué!...

MAR. Le ha condenado á muerte.

BAR. Gran Dios!

ANT. Pobre hermana mia!

MAR. Inmediatamente que supe esta noticia, he corrido á buscaros; he vacilado al principio en deciros la verdad; pero como no hay otra esperanza que el perdón del rey, era preciso que dieseis los pasos necesarios para conseguirlo: porque es necesario salvarle; ¿comprendeis, señora? Yo soy sobrino del ministro; el caballero Enrique de Vernuil, despues de haber sido mi amigo, ha sido mi rival, y me avergüenzo al pensar que pudiera creerse que he tratado de vengarme.

BAR. Qué haremos?

MAR. Penetrar hasta donde está el rey... y lo mas pronto posible... las sentencias militares no tienen apelacion, y se ejecutan con una rapidez aterradora.

BAR. Pero á nadie le es mas facil que á vos.

MAR. Estais equivocada... por el contrario, mi desgracia es completa... Le he escrito una carta á mi tio... se lo he referido todo. Tanto le he suplicado, que le he decidido á que hable al rey; pero S. M. se ha encerrado en su

gabinete, y no permite que entre nadie á verle.

BAR. Y por qué medio?...

MAR. Escuchad, baronesa; ¿no erais muy amiga de la madre de la señorita de Turnelles?

BAR. Si, era intima amiga mia.

MAR. El rey no rehusa nada á la hija: va á nombrarla duquesa. Está en Versalles. Tomad el coche al instante; yo corro á casa del duque de Richelieu, quien puede entrar á toda hora en el cuarto del rey, y que solo en un caso imprevisto podrá encontrar cerrada la cámara real.

BAR. Voy corriendo... ¿Mas si en tanto logran prender á Enrique?..

ANT. No hay miedo, señora: está completamente seguro.

BAR. Dónde?

ANT. En mi casa.

BAR. Tú le has dado asilo?

ANT. Ya lo creo; con todo mi corazon.

BAR. Estimable joven! Mientras yo voy por un lado, velad por él: redoblad las precauciones y la vigilancia.

ANT. Oh! andad descuidada. Pero vos por vuestra parte me cumplireis todo lo prometido?

BAR. Todo, todo.

ANT. Pues voy... (*retrocede.*)—Señora baronesa, bueno fuera que dierais vuestras órdenes para que me dejen entrar aqui si tengo necesidad de hablaros.

BAR. Está bien, descuida.

ANT. Voy corriendo á mi puesto.

ESCENA IV.

El MARQUES, la BARONESA.

MAR. Vamos, señora baronesa, no perdamos tiempo: vos á casa de la señora de Turnell, yo á la del duque de Richelieu.

BAR. (*tocando la campanilla.*) Si, si.—Berta; poned en mi coche un manton, un chal, cualquier cosa para cubrirme. (*á Lebel que entra por una puerta lateral.*) Ah! El Señor Lebel... si pudieramos ver al rey por su conducto...

MAR. Lu dudo; pero intentadlo.

ESCENA V.

Dichos, LEBEL.

LEB. La señora baronesa me ha participado que hoy pensaba volverse al castillo de Haqueville.

BAR. Si, señor Lebel; pero antes desearia poder despedirme de S. M.

LEB. A qué hora?

BAR. Oh! lo mas pronto posible: señor Lebel, me hariais un inmenso servicio, os lo confieso, si pudierais hacerme ver al rey en este momento.

LEB. Imposible, señora: el rey se ha encerrado en su gabinete de estudio, y con arreglo á su espresa orden, la puerta está cerrada para todo el mundo.

MAR. Lo veis?

BAR. Voy á insistir.

MAR. Será inútil.

BAR. Con que no nos queda otra esperanza...

MAR. Que el duque y la señora de Turnell.

BAR. Entonces no perdamos un minuto: vamos, vamos.

ESCENA VI.

Dichos, LUISA.

LUI. Ah! llego á tiempo.

BAR. Qué traes, pobre niña?... Luisa, hija mia... qué tienes?

LUI. Nada... nada... tranquilizaos... el terror... el cansancio... He venido corriendo. Le han preso, señora, le han preso.

BAR. A quién, á mi sobrino?

MAR. Al caballero?

LUI. Si, si... hace un instante... es preciso ver al rey.. vos sola podeis salvarle.

BAR. No podemos entrar en la cámara real ni yo ni el marqués; pero ambos vamos á buscar agentes mas poderosos. Aguárdanos en este sitio. Dentro de diez minutos daremos la vuelta.

LUI. Y si en tanto...

MAR. No temais; mi tio está aun abajo; voy á obtener una hora de dilacion.

LUI. Oh Dios mio!

ESCENA VII.

LUISA, LEBEL, en un extremo.

LUI. Una hora, una hora... y despues?... Yo que daria mi vida por él, nada puedo hacer, nada!

LEB. ¿Os engañais, señorita. Nadie puede hacer mas que vos

LUI. Si es asi, si tengo algun valimiento, hablad, que estoy pronta á todo.

LEB. Vos podeis obtener la gracia del caballero.

LUI. Y de qué modo, Dios mio!

LEB. Solicitándola vos misma á S. M. El rey mas galante de Europa no rehusará lo que le pida la boca mas linda de su reino.

LUI. No os comprendo!

LEB. Digo que la suerte del caballero está en vuestra mano. Vos sola podeis hacer conmutar la pena... Vos sola podeis arrancarle á la muerte.

LUI. A la muerte!

LEB. Cómo!.. ignorabais?...

LUI. A la muerte!.. oh! guiadme, decidme lo que debo hacer.

LEB. Dentro de un instante, cuando haya dado aviso, cuando reciba órdenes, es necesario... que me sigais sin vacilar.

LUI. A dónde?

LEB. Al cuarto del rey.

LUI. Si, si, con el mayor placer.

LEB. Luego consentis?

LUI. Que si consiento!.. y vos lo preguntais? Para salvar á Enrique, es preciso echarse á los pies del rey, y me preguntais si consiento en verle!.. Oh! al instante, al instante!...

EXEN. (*en el fondo.*) La señora baronesa de Haqueville?..

LEB. Ha salido, caballero: mas por qué?..

EXEN. El señor de Vernuil ha obtenido el permiso de despedirse de ella.

LUI. Enrique... Enrique... está aqui?... quiero verle... Quiero hablarle.

LEB. (*al Exento.*) Podeis consentirlo... (*vase el Exento.*) (*á Luisa.*) Vos, señorita, esperadme en este sitio: pronto vuelvo.

ESCENA VIII.

LUIA, ENRIQUE, el EXENTO.

EXEN. Caballero, me dais vuestra palabra de que no intentareis escaparos?

ENR. A fé de caballero.

EXEN. Os dejo en libertad.

ENR. Luisa, vos aqui?

LUI. Si, Enrique; despues de vuestro arresto he venido corriendo á ver á la señora baronesa de Haqueville.

ENR. Oh! gracias, Dios mio, por haberme reservado esta dicha.

LUI. Enrique!..

ENR. Ven, Luisa, acercate. Sabes que me han notificado mi sentencia?

LUI. Vuestra sentencia?

ENR. Si.

LUI. Y bien?

ENR. Y como era de presumir, me han condenado á la deportacion.

LUI. Desterrado!.. ah! decid, Enrique, es eso cierto?

ENR. Por qué habia de engañaros?

LUI. Pues entonces ese hombre mentia.

ENR. Qué hombre?

LUI. Ese que ha salido de aqui.

ENR. El ayuda de cámara del rey?

LUI. Si.

ENR. Pues qué os ha dicho?

LUI. Oh, Dios mio, perdonadle!.. Me dijo que habiais sido condenado á muerte.

ENR. Un falso rumor le habrá alucinado. No, Luisa, os lo repito, solo he sido desterrado.

LUI. Por mucho tiempo!

ENR. Para siempre! Hé aqui la razon de mi alegria al encontraros: temi no poder despedirme de vos.

LUI. Para qué habiais de despediros de mi?

ENR. Parto dentro de un instante...

LUI. Habeis olvidado lo que hemos convenido?

ENR. Convenido!

LUI. Si: parto con vos; os acompaño.

ENR. Asi crei yo que seria, pero me he informado y es imposible.

LUI. Cómo imposible?

ENR. Si: esta prohibido que me siga persona alguna, sea quien fuere.

LUI. Y qué ley prohibe que una muger pueda seguir á su marido?

ENR. Es una escepcion, Luisa.

LUI. Ah! tú me engañas, Enrique.

ENR. Dios mio!..

LUI. Te digo que lo que ese hombre me dijo es la verdad; tú no has sido condenado á destierro, sino á muerte.

ENR. Gran Dios!

LUI. Oh!.. es inútil el fingimiento; tú no rehusarias que te acompañara al destierro, cuando no hace aun dos horas que lo solicitabas.

ENR. Luisa...

LUI. Has sido condenado, no es verdad?.. Condenado!.. Pero responde!..

ENR. Oh no hubiera creido que fuese tan penoso morir.

LUI. Por eso no morirás.

ENR. Qué quieres decir?

LUI. Que la baronesa tiene amigos, que el marqués es sobrino del ministro, que la señora de

Tournelle es amiga de la baronesa; quiero decir, en fin, que rogaré tanto á Dios, que alcanzará tu gracia.

ENR. Luisa!.. qué corazon he perdido! perdóname. He creido poder ocultartelo todo; hacerte creer en el destierro. Oh! es una infamia, una cobardia no haber sabido callar! Pero cuando he visto que era necesario separarme de ti para siempre, que se acercaba el momento fatal... perdóname, Luisa... me ha faltado el valor... y te lo he dicho... todo. (*cae en un sillón.*)

LUI. (*de rodillas ante él.*) Enrique! Enrique!

EXEN. Caballero, el cuarto de hora acaba de espirar...

ENR. (*levantándose.*) Estoy pronto. — A Dios, Luisa!

LUI. (*siempre de rodillas.*) A Dios!.. dadme valor!

ENR. Oh! deja que por última vez te estreche contra mi corazon. A Dios, á Dios.

ESCENA IX.

LUIA, despues ANTONIO.

LUI. Enrique... Enrique mio!.. perderle para siempre... Oh! no!.. no!.. Lo que el señor Lebel acaba de decirme... si, me conducirá á los pies del rey... mis lágrimas le enternecerán... Pero no vuelve... el tiempo pasa... Ah! Antonio!.. Antonio, tú no sabes?

ANT. Todo lo sé... vengo de la cabaña; acabo de ver al caballero: está perdido.

LUI. No, Antonio; quiza pueda yo salvarle.

ANT. Tú?

LUI. Si, salvar á mi Enrique... pues que por mi se ha perdido, justo es que sea yo quien le salve.

ANT. (*alegre.*) Y de qué modo? Veamos.

LUI. Escucha. El señor Lebel acaba de salir de aqui: me ha dicho que pidiera su perdon á su magestad... el rey me lo concederá, y dentro de un instante va á venir para conducirme á la régia cámara.

ANT. Luisa... no irás! (*con voz terrible.*)

LUI. Cómo!.. cuando, segun me aseguran, una palabra mia puede salvar á Enrique?

ANT. Si; yo tambien creo que con una palabra puedes salvarle... pero no irás.

LUI. Hermano mio... has perdido la razon.

ANT. Desdichada!.. tú no sabes?..

LUI. Qué?... qué quieres que sepa? déjame, hermano, déjame.

ANT. Te digo que no me separaré de ti ni un instante; te digo que si te conducen al cuarto del rey, te acompañaré.

LUI. No es posible.

ANT. Ya sé que es imposible: por eso no irás.

LUI. Antonio, ¿qué significa ese lenguaje? Nunca me habeis hablado asi.

ANT. Es que nunca te he visto en un peligro tan inminente. Dios mio, os doy gracias, pues he llegado á tiempo.

LUI. Yo en peligro... esplicate.

ANT. Luisa, sigueme. Es necesario!.. Yo te lo mando.

LUI. Oh! esto es demasiado... Olvidais... Antonio.

ANT. Nada olvido.

LUI. Olvidais que soy libre?

ANT. Libre... para deshonrarte... Pues bien... anda!

LUI. Deshonrarme! Qué es lo que te atreves á suponer?

ANT. Yo no supongo nada: estoy seguro. Vas á saber... (*mirando hácia el fondo.*) Ya está ahí ese maldito hombre: si me ve, me hará prender y conducir á la Bastilla, segun me amenazó.

LUI. A la Bastilla?

ANT. Si: conozco un secreto terrible; uno de esos secretos que matan; escucha. Es menester que ese hombre no me vea. Pero estaré ahí... detras de ese biombo... resistete á seguirle, resiste de parte del cielo!.. y si consientes... pereceré, y él conmigo. (*se oculta detras del biombo.*)

LUI. Dios mio, qué quiere decir?

ESCENA X.

LUIA, LEBEL, ANTONIO, *oculto.*

LEB. Señorita, la orden general no se entiende con vos: solo aguardo ahora las vuestras.

LUI. Durante vuestra ausencia he reflexionado, que el paso que me aconsejais, no debo darlo.

LEB. Y por qué, señora?

LUI. No tengo el honor de ser conocida de S. M. y temeria una...

LEB. (*atajándola*) Todo cuanto pidais, lo obtendreis en el instante mismo.

LUI. No tengo motivo alguno para confiar en mi influencia...

LEB. Tan poderosa, que solo concederá á ella el rey, lo que negará á sus antiguos servidores.

LUI. (*Era cierto!*)

LEB. Reflexionad que pasa el tiempo... la próroga concedida al caballero está para espirar... y dentro de diez minutos tal vez... (*redoble de tambor.*) ¿Ois?... Los soldados que deben conducirle se forman!.. Mirad.

LUI. (*asomándose á una ventana.*) Ah!.. estoy pronta á seguiros.

LEB. (*se dirige hácia el biombo.*) Venid, señorita, venid.

LUI. (*asustada.*) Dónde me conducis?

LEB. Detras de ese biombo está la puerta de un corredor secreto...

LUI. No, señor, no... por ahí no.

LEB. Pero, señorita, todas las demas salidas están interceptadas, y solo por ese pasadizo secreto...

LUI. De rodillas os suplico que no le perdais.

LEB. A quién?

LUI. A mi hermano, á mi pobre hermano.

LEB. A vuestro hermano?... Luego lo ha oido todo?

LUI. Ah!

LEB. Miserable espia!.. (*abre el biombo.*) No hay nadie!

LUI. Dónde estará!

LEB. Por esta puerta... ah! cerrada por dentro!.. ahora lo comprendo todo.

LUI. Señor Lebel!..

LEB. Señorita, vuestro hermano ha elejido el camino mas corto, para ir á morir á la Bastilla.

ESCENA XI.

LUIA, *despues la* BARONESA, *el* MARQUES *y* ANTONIO.

LUI. Cielos! Perdidos ambos! ¿Qué he de hacer?.. estoy loca!.. Socorro, socorro!

BAR. (*entrando.*) Luisa!

LUI. Habeis visto al rey?

BAR. La señora de Turnelle no estaba en su casa; pero el marqués habrá sido quizá mas dichoso que yo. Aquí llega. Y bien, marqués, ¿qué tenemos?

MAR. El Duque de Richelieu está incluido como todos los demas. La puerta del gabinete del rey está cerrada para él.

ANT. (*apareciendo por la puerta secreta, que cierra inmediatamente.*) Pero no para Antonio Bernard.

LUI. Mi hermano!

BAR. Antonio!

MAR. Habeis visto á su magestad?

ANT. Si... tambien yo tengo mis entradas secretas.

MAR. De qué modo?..

ANT. Oh!.. lo que es eso, punto en boca!.. silencio ó ¡guay de la Bastilla! ya sabeis, la fortaleza que está á la entrada del barrio de san Antonio... Pues señor, he visto al rey y no es por alabarme, pero he sudado para conseguirlo. En el momento en que yo desembocaba en su alcoba, me encuentro de narices con un individuo... quiere detenerme, resisto, alboroto, y al estrépito, se presenta el amo... el rey en persona, en compañía de una dama: pregunta.. Yo tomo la palabra... tanto peor... En dos periquetes le hablo de todo... de la falta del señor Enrique, de su sentencia, cuyo origen es el amor que profesa á mi hermana... de la desesperacion de mi pobre Luisa... El rey frunce las cejas y hace una señal para que me alejen de allí.. Pero adivino, á la mirada de la hermosa señora, que por aquel lado, aun hay esperanza... Corro hácia ella y me pongo de rodillas... Oh!.. no tenia miedo... No sé lo que la dije; pero se puso á hablar á parte con el rey... Luego se acercó á una mesa, escribió algunos renglones y presentó el papel á su magestad. El rey vacila al principio; pero ella insiste, y al fin toma la pluma, firma, y entrega el escrito á un oficial diciendo: «que pongan al caballero en libertad.» Mil gracias, señor, esclamo yo: hasta mas ver: idem señora duquesa. Y salgo gritando: Antonio, hijo mio, hoy has ganado bien tu jornal... has llegado á tiempo á tu cabaña.

LUI. Libre, libre!.. Oh, yo no sé si podré sopor-tar tanta felicidad.

ESCENA XII.

Dichos *y* ENRIQUE.

ENR. (*abrazando á Luisa.*) Luisa... Antonio... mi salvador y amigo!.. Todo mi reconocimiento...

ANT. Debe reducirse á no volver á tocar este asunto: hablemos de vuestra dicha, de vuestro matrimonio: porque ya no hay Luisa Bernard, sino la señorita Herminia de Haqueville á quien devuelvo su clase y su nombre.

HER. ENR. *y* el MAR. Qué quieres decir?

ANT. Que cuanto he hecho, que cuanto he dicho

de algunos dias á esta parte, estaba concertado con la señora baronesa... porque...

Todos. Acaba!

ANT. Silencio!.. hablemos bajo: las paredes oyen... y aqui sobre todo... porque el rey habia puesto los ojos en la señorita... y este era el único medio de llevárnosla de Marly.

MAR. (*vivamente.*) Si... si... salgo garante de la verdad de ese joven.. Pero tú, como has podido saber?..

ANT. He prometido tambien, que nunca lo revelaria. . A la entrada del barrio de san Antonio, está la Bastilla... (*bajo á la Baronesa.*) Esta es la carta de mi padre, señora... La única prueba que existe... arrojadla al fuego... y negocio concluido.

LUI. (*con alegría.*) Con que, señora baronesa, vos sois siempre...

BAR. Tu madre, Herminia, tu madre, que no se opone á tu felicidad.

HER. (*dando la mano á Enrique.*) Ah Enrique...

ENR. (*besándola la mano.*) Herminia!

ANT. Y ahora, señorita, mil y mil perdones por lo que ha pasado... No me guardais rencor... por haberos llevado á mi pobre cabaña, haberos hecho comer en platos de peltre, limpiandoos la boca con un tosco mantel... haberos llamado mi hermana y haberos tuteado... porque os he tuteado. . perdon, perdon... no volverá suceder.

HER. Antonio, ¡que si te perdono!.. cuando to-

do te lo debo... mi felicidad. . mi vida... la de Enrique... Oh!.. que puedo hacer por ti?

ANT. Por mí... lo que podeis hacer?.. Una cosa que me causará el mayor placer.

HER. Pues bien, habla, pide... si está en mi mano...

ANT. Si, está en vuestra mano... pero tambien se necesita el permiso del caballero.

ENR. Pide, amigo mio: yo otorgo desde luego, sin restriccion.

ANT. Pues bien, es... que me deis un abrazo... cuatro veces, al año... en las cuatro grandes solemnidades.

HER. Amigo mio!

ANT. Consentis?

HER. Con toda mi aima.

ANT. Entonces... señorita Herminia, dignaos adelantarme un trimestre. (*la abraza. Cuadro general.*)

{FIN.

Madrid, 1849.

IMPRESA DE VICENTE DE LALANA,

calle del Duque de Alba, núm. 13.

Propiedades de que consta la Biblioteca Dramática.

- A un tiempo amante y hermana, t. 1.**
Abadia (la) de Penmarck, t. 3.
Alqueria (la) de Bretaña, t. 5.
Agiotage (el) ó el oficio de moda, t. 5.
Ansias matrimoniales, o. 1.
Andaluz (el) en el baile, o. 1.
A las máscaras en coche, o. 3.
Aventurero (el) español, o. 3.
Arquero (el) y el Rey, o. 3.
A tal accion tal castigo, o. 5.
Azares de una privanza, o. 4.
Amante y Caballero, o. 4.
—A cada paso un acaso, ó el caballero, o. 5.
Amor y Patria, o. 5.
A la misa del gallo, o. 2.
—Al borde del abismo, t. 1.
- Barbera (la) del Escorial, t. 1.**
Beltran el marino, t. 4.
Batalla (la) de Clavijo, o. 1.
Benvenuto Cellini, ó el poder de un artista, o. 5.
—Boda (la) y el testamento, t. 3.
- Conciencia (la) sobre todo, t. 3.**
Confidente (el) de su muger, t. 1.
Cocinera (la) casada, t. 1.
Con todos y con ninguno, t. 1.
Camaristas (las) de la Reina, t. 1.
César, ó el perro del castillo, t. 2.
Corregidor el de Madrid, t. 2.
Caballero (el) de Griñon, t. 2.
Cuando quiere una muger!! t. 2.
Casarse á oscuras, t. 3.
Clara Harlow, t. 3.
Corona (la) de Ferrara, t. 5.
Colegialas (las) de Saint-Cyr, t. 5.
Castillo (el) de S. Mauro, t. 5.
Cautivo (el) de Lepanto, o. 1.
Cantinera (la), o. 1.
Coronel (el) y el tambor, o. 3.
Con sangre el honor se venga, o. 3.
Cruz (la) de la torre blanca, o. 3.
Conquista (la) de Murcia, por don Jaime de Aragon, o. 3.
Caudillo (el) de Zamora, o. 3.
Como á padre y como á rey, o. 3.
Calderona (la), o. 5.
Cuánto vale una leccion! o. 3.
—Campolis ó las grandes pasiones, t. 2.
Conde (el) de Monte-Cristo, primera parte, t. 10 cuadros.
Idem segunda parte, t. 5.
Castillo (el) de S. German, ó delito y espacion, t. 5.
- Condesa (la) de Senecey, t. 3.**
Caza (la) del Rey, t. 1.
Ciego (el) de Orleans, t. 4.
Capilla (la) de S. Magin, o. 4.
Criminal (el) por honor, t. 4.
Conciencia (la) sobre todo, t. 3.
—Cardenal (el) Cisneros, o. 5.
- D. Canuto el estanquero, t. 1.**
Derecho (el) de primogenitura, t. 1.
Dos contra uno, t. 1.
Doctor (el) Capirote, t. 1.
Dos maridos (los), t. 1.
Diablo (el) nocturno, t. 2.
Dos noches, ó un matrimonio por agradecimiento, t. 2.
—Dos épocas (las), ó el republicano generoso, t. 2.
Diablo (el) y la bruja, t. 3.
Deshonor por grati ud, t. 3.
—Desposada (la), t. 3.
Doctor (el) negro, t. 4.
Diablo (el) en Madrid, t. 5.
Dama (la) en el guarda-ropa, o. 1.
Dos y ninguno, o. 1.
De Cádiz al Puerto, o. 1.
Desengaños de la vida, o. 3.
Doña Sancha, ó la independencia de Castilla, o. 4.
Desprecio (el) agradecido, o. 5.
Don Juan Pacheco, o. 5.
D. Ramiro, o. 5.
Diablo (el) enamorado, o. 3.
Diablo (el) son los nietos.
D. Fernando de Castro, o. 4.
Dos y uno, t. 1.
Donde las dan las toman, t. 1.
—De dos á cuatro, t. 1.
—Doctorcito, (el) t. 1.
Dos noches, t. 2.
Diablo (el) familiar, t. 3.
—Dios (el) del siglo, t. 5.
Dieguiyo pata de anafe, o. 1.
- El eclipse, o. 3.**
En la falta vá el castigo, t. 5.
Engaños por desengaños, o. 1.
Estudios históricos, o. 1.
Es el demonio!! o. 1.
En la confianza está el peligro, o. 2.
Entre cielo y tierra, o. 1.
El Dinero!!, t. 4.
- Fausto de Underwal, t. 5.**
Fuerte-Espada el aventurero, t. 5.
Feria (la) de Ronda, o. 1.
- Favorito (el) y el Rey, o. 3.**
Felicidad (la) en la locura, t. 2.
- Guarda-bosque (el), t. 2.**
Guante (el) y el abanico, t. 3.
Gustavo III ó la conjuracion de Suecia, t. 5.
- Hija (la) del bandido, t. 1.**
Hijo (el) de mi muger, t. 1.
Hija (la) de mi tio, t. 2.
Hermana (la) del soldado, t. 5.
Hermana (la) del carretero, t. 5.
Huérfanas (las) de Amberes, t. 5.
Hija (la) del Regente, t. 5.
Hermano (el) del artista, o. 2.
Hijas (las) del Cid y los infantes de Carrion, o. 3.
Hasta los muertos conspiran, o. 3.
—Hombre (el) azul, o. 5 cuadros.
Honor (el) de un castellano y deber de una muger, o. 4.
Honores rompen palabras, ó la accion de Villalar, o. 4.
Herencia (la) de un trono, t. 5.
Herminia, ó volver á tiempo, t. 5.
—Hijo (el) de su padre, o. 3.
- Inventor, bravo y barbero, t. 1.**
Intrigas (las) de una corte, t. 5.
Ilusiones, o. 1.
Ilusion (la) ministerial, o. 3.
- Jorge el armador, t. 4.**
Joven (la) y el zapatero, o. 1.
Juí que jembra, o. 1.
José Maria, ó vida nueva, o. 1.
Juan de las Viñas, o. 2.
Juan de Padilla, o. 6 cuadros.
Jacobo el aventurero, o. 4.
Julian el carpintero, t. 3.
Juana Grey, t. 5.
Juventud (la) del emperador Carlos V, t. 2.
- Lazo (el) de Margarita, t. 2.**
Luchar contra el destino, t. 3.
Leñador (el) y el ministro, ó el testamento y el tesoro, 6 cuadros.
Ley (la) del embudo, o. 1.

Luchar contra el sino. (vease Sortija del Rey), o. 3.
 Los dos Fóscares, o. 5.
 —Leonardo el peluquero, t. 3.
 Lo primero es lo primero, t. 3.
 Lo que se tiene y lo que se pierde, t. 1.
 Los contrastes, t. 1.

Maestro (el) de escuela, t. 1.
 Muger (la) eléctrica, t. 1.
 Mas vale tarde que nunca, t. 1.
 Marido (el) de la Reina, t. 1.
 Muerto civilmente, t. 1.
 Mudo (el) por compromiso ó las emociones, t. 1.
 Memorias de dos jóvenes casadas, t. 1.
 Modista (la) alferez, t. 2.
 Mi vida por su dicha, t. 3.
 Mosqueteros (los) de la Reina, t. 3.
 Mano (la) derecha y la mano izquierda, t. 4.
 Misterios (los) de París, primera parte t. 6 cuadros.
 Idem segunda parte, t. 5 cuadros.
 Maria Juana, ó las consecuencias de un vicio, t. 5.
 Mosqueteros (los), t. 6 cuadros.
 Médico (el) negro, t. 7 cuadros.
 Mercado (el) de Londres, t. id.
 Martín y Bamboche, ó los amigos de la infancia, t. 9 cuadros.
 Marinero (el), ó un matrimonio repentino, o. 1.
 Mateo el veterano, o. 2.
 Médico (el) de su honra, o. 4.
 —Médico (el) de un monarca, o. 4.
 Marquesa (la) de Savannes, t. 3.

Ni ella es ella, ni él es él, ó el capitán Mendoza, t. 2.
 Novio (el) de Buitraño, t. 3.
 No la de tocarse á la reina, t. 3.
 Nuestra Señora de los Avismos, ó el castillo de Villemexse, t. 5.
 Noche (la) de S. Bartolomé de 1572, t. 5.
 Nudo (el) Gordiano, t. 5.
 Nunca el crimen queda oculto á la Justicia de Dios, t. 6 cuadros.
 Noche y día de aventuras, ó los galanes duendes, o. 3.
 No hay miel sin hiel, o. 3.
 No mas comedias, o. 3.
 No es oro cuanto reluce, o. 3.
 No hay mal que por bien no venga, o. 1.

Oso (el) blanco y el oso negro.

Paje (el) de Woodstock, t. 1.
 Percances de la vida, t. 1.
 Pupila (la) y la péndola, t. 1.
 Perder y ganar un trono, t. 1.
 Protegida (la) sin saberlo, t. 2.
 Pasteles (los) de Maria Michon, t. 2.
 Prusianos (los) en la Lorena, ó la honra de una madre, t. 5.
 —París el gitano, t. 5.
 Pacto (el) sangriento, ó la venganza corsa, t. 6 cuadros.
 Paraguas y sombrillas, o. 1.
 Perder el tiempo, o. 1.
 Posada (la) de Currillo, o. 1.
 Perla (la) sevillana, o. 1.
 Premio (el) grande, o. 2.
 Perder fortuna y privanza, o. 3.
 Pobreza no es vileza, o. 4.
 Pacto (el) con Satanás, o. 4.
 Peregrino (el), o. 4.
 Primera (la) escapatoria, t. 2.
 Premio (el) de una coqueta, o. 1.
 Prueba (la) de amor fraternal, t. 2.
 Pena del talion (la) ó venganza de un marido, o. 5.
 Piloto (el) y el Torero, o. 1.
 Poder (el) de un falso amigo, o. 2.
 Pomada (la) prodigiosa, t. 1.

—Quién era? ó. en 1.

Raptor (el) y la cantante, t. 1.
 Rey (el) de los criados y acertar por carambola, t. 2.
 Robo (el) de un hijo, t. 2.
 Reinar contra su gusto, t. 3.
 Reina (la) Sibila, o. 3.
 Reina (la) Margarita, o. en 6 actos.
 —Rey (el) martir, o. 4.
 Rey (el) hembra, t. 2.
 Rabia de amor!! t. 1.
 Rueda (la) del coquetismo, o. 3.
 Rey (el) de copas, t. 1.
 Roberto Hobart, ó el verdugo del Rey, o. 3 actos y prólogo.

Soldados (los) del rey de Roma, t. 2.
 Si acabarán los enredos? o. 2.
 Seductor (el) y el marido, t. 3.
 —Sin muger y sin empleo, o. 1.

Tom-Pus, ó el marido confiado, t. 1.
 Templarios, (los) ó la encomienda de Aviñon, t. 3.
 Tarambana (el), t. 3.

Tanto por tanto, ó la capa roja, o. 1.
 Tio (el) y el sobrino, o. 1.
 Trapero (el) de Madrid, 4.
 Tigre (el) y el toro, o. 1.
 Taza (la) rota, t. 1.

Vida (la) por partida doble, t. 1.
 Viuda (la) de 15 años, t. 1.
 Vivo (el) retrato t. 3.
 Vencer su eterna desdicha ó un caso de conciencia, t. 3.
 Valentina Valentona, o. 4.
 Victima (la) de una vision, t. 1.

Un buen marido! t. 1.
 Un cuarto con dos camas, t. 1.
 Un Juan Lanas, t. 1.
 —Una muchachada! t. 1.
 Usurero (el) t. 1.
 Una cabeza de ministro, t. 1.
 Una noche á la intemperie, t. 1.
 Un bravo como hay muchos, t. 1.
 Un diablillo con faldas, t. 1.
 Un pariente millonario, t. 2.
 Un avaro, t. 2.
 Un casamiento con la mano izquierda t. 2.
 Un padre para mi amigo, t. 2.
 Una broma pesada, t. 2.
 Un mosquetero de Luis XIII, t. 2.
 Un día de libertad, t. 3.
 Uno de tantos bribones, t. 3.
 Una cura por homeopatía, t. 3.
 Un casamiento á son de caja, ó las dos vivanderas, t. 3.
 Un error de ortografía, o. 1.
 Una conspiracion, o. 1.
 Un casamiento por poderes, o. 1.
 Una actriz improvisada, o. 1.
 —Un tio como otro cualquiera, o. 1.
 Un motin contra Esquilache, o. 3.
 Un corazon maternal, t. 3.
 Ultimo (el) amor, o. 3.
 Una noche en Venecia, o. 4.
 Un viaje á América, t. 3.
 Un hijo en busca de padre, t. 2.
 Una estocada, t. 2.
 Un matrimonio al vapor, o. 1.

Yo por vos y vos por otro! o. 3.

Zapatero (el) de Lóndres, t. 3.

Las Comedias cuyos titulos tienen una rayita, aun no están impresas, pero lo van siendo sucesivamente.